



EL
RENACER
DE
LIRA

Un mundo que no puede dejar de recordarse

MICHEL ONIRIX

EL RENACER DE LIRA

Un mundo que no puede dejar de recordarse

*Hay sistemas que no necesitan carceleros.
Basta con que los presos crean que el pasillo es el horizonte.*

DEDICATORIA

*Para quienes alguna vez sintieron que el mundo estaba demasiado ajustado.
Y para quienes, en lugar de achicarse, se preguntaron si el error era del mundo.*

PRÓLOGO

Hay una pregunta que este libro no hace directamente porque hacerla directamente sería ya una forma de responderla.

La pregunta es si lo que llamamos identidad —la continuidad del ser a través del tiempo, la sensación de que quien actúa ahora es el mismo que actuó antes y será el mismo que actuará después— es una propiedad del sujeto o una función del sistema que lo contiene. Si el yo es algo que se tiene o algo que se produce. Si la coherencia que experimentamos como propia nos pertenece o nos ha sido prestada por algo que no ha tenido la cortesía de declararse prestamista.

Lira es un mundo construido para hacer visible lo que en nuestro mundo permanece invisible precisamente porque funciona demasiado bien: los mecanismos mediante los cuales una realidad se vuelve la única realidad posible, mediante los cuales lo que podría ser de otra manera aprende a creer que no puede serlo, mediante los cuales la libertad y la obediencia se vuelven indistinguibles desde adentro.

No es una distopía.

Las distopías son mundos que han fallado. Lira es un mundo que ha funcionado. Y la diferencia entre esas dos cosas es, precisamente, lo que este libro intenta habitar.

Los personajes que encontrarán aquí no son héroes en ningún sentido que ese término haya tenido en la tradición literaria a la que pertenece. No combaten contra el sistema desde una posición de claridad moral. No tienen acceso a ninguna verdad que el sistema les oculte y que, una vez revelada, los libere. Lo que tienen es algo más pequeño y más difícil: la capacidad de notar. De percibir la diferencia entre lo que el mundo les dice que sienten y lo que sienten. De sostener esa diferencia sin resolverla, sin convertirla en certeza, sin usarla como plataforma para ninguna declaración de principios.

La filosofía que atraviesa estas páginas no es un sistema. Es una disposición.

La disposición de no cerrar lo que puede seguir abierto.

Sartre escribió que la existencia precede a la esencia: que no hay una naturaleza humana predefinida que debamos realizar, que somos lo que hacemos con lo que han hecho de nosotros. Lira es el intento de llevar esa afirmación hasta su consecuencia más incómoda, la que Sartre nombró pero que la comodidad del pensamiento tiende a suavizar: que si la existencia precede a la esencia, entonces nada garantiza que lo que creemos ser sea lo que somos. Que la identidad que experimentamos como más íntima puede ser exactamente el lugar donde el sistema nos habita de manera más completa. Que la libertad no es un estado que se alcanza sino una práctica que se ejerce, y que ejercerla requiere la disposición de no saber quién se es mientras se la ejerce.

Esto no es una novela reconfortante.

Pero tampoco es una novela sin esperanza. La esperanza que contiene es del tipo que no puede ser garantizada de antemano, que solo puede ser encontrada en el proceso de haber continuado cuando continuar no estaba garantizado, que existe no como promesa sino como posibilidad que se actualiza en el acto de no cerrar lo que puede seguir abierto.

Lira es un mundo que no puede dejar de recordarse.

Es también un mundo que no puede dejar de comenzar.

Que ambas cosas sean verdad al mismo tiempo, sin contradicción y sin resolución, es el único argumento filosófico que este libro ofrece.

El resto es experiencia.

Michel Onirix

PARTE I

LA MEMORIA INESTABLE

La memoria no es el pasado. Es la forma en que el pasado sigue tomando decisiones.

Capítulo 1

Decisiones de luz

En Lira, la luz no iluminaba.

Decidía.

La distinción era filosófica antes que física, aunque en Lira esa separación nunca había sido del todo real, nunca había trazado una línea limpia entre el mundo y la interpretación del mundo. Elys —el primero de los soles, el que los textos más antiguos nombraban con una reverencia que colindaba con el miedo— no revelaba las cosas al posarse sobre ellas. Las interrogaba. Bajo su dominio, los contornos cedían hacia adentro con una levedad casi imperceptible, como si la materia misma albergara una duda fundamental sobre su propia coherencia, como si cada piedra, cada muro, cada cuerpo humano contuviera en su interior la pregunta silenciosa y perpetua de si debía continuar siendo lo que parecía ser. Las ciudades respiraban bajo Elys —no como metáfora, sino como condición observable para quien supiera mirar: las superficies oscilaban en microdesplazamientos que un ojo sin entrenamiento podía confundir con el temblor del aire caliente, pero que eran otra cosa, la vibración de lo que todavía no ha terminado de decidir su forma, la agitación sutil de la posibilidad.

Theros hacía lo contrario.

Donde su claridad caía —más densa, más azulada, con la calidad de algo que ha cruzado distancias inconcebibles sin perder nada de sí mismo— todo se fijaba con una precisión que rozaba la crueldad. Las formas adquirían peso específico. Las acciones dejaban surco. Las sombras que proyectaba Theros no eran ausencias de luz sino acumulaciones de certeza: territorios donde lo que había sido se volvía inamovible, donde el pasado presionaba contra el presente con la autoridad silenciosa e impersonal de lo irreversible.

Entre ambos, la realidad no oscilaba.

Dudaba.

Alaric extendió la mano y observó sus propios dedos con la atención clínica de quien ha aprendido, a fuerza de experiencia, que en este mundo los fenómenos ordinarios son los más peligrosos. Durante un instante —breve, pero imposible de ignorar, del tipo que se instala en la memoria con la tenacidad de las cosas que no deberían ocurrir pero ocurren con una regularidad que vuelve inútil el escándalo— sus dedos ocuparon dos posiciones. No una después de la otra. No el borrón de un movimiento demasiado rápido para el ojo.

Simultáneamente.

No reaccionó. Reaccionar habría implicado que aquello era excepcional, y en Lira la excepcionalidad era la señal más clara de que algo funcionaba exactamente como debía. Lo verdaderamente perturbador era la estabilidad. Lo verdaderamente sospechoso era cuando las cosas eran solo lo que parecían, cuando el mundo se presentaba con esa transparencia satisfecha de quien no tiene nada que esconder porque ya lo ha escondido todo demasiado bien.

Cerró la mano. Los dedos convergieron. Pero durante un segundo más largo de lo necesario, no estuvo completamente seguro de cuál de las dos posiciones había ganado.

En Lira, lo estable era sospechoso.

Y Alaric llevaba demasiado tiempo aquí como para encontrar eso tranquilizador.

Capítulo 2

El terreno

El suelo no era continuo.

No era una falla geológica ni una inconsistencia registrada en los mapas urbanos. Era algo más sistemático y, por lo mismo, más difícil de nombrar: una diferencia de *intención* en la materia, como si distintas zonas del suelo hubieran sido concebidas para propósitos incompatibles que nadie había tenido la honestidad de declarar. Había superficies que devolvían el peso con una precisión casi íntima, registrando cada pisada como dato, acumulando esa información con la paciencia de algo que sabe que el tiempo no le urge porque ya sabe lo que vendrá. Otras lo absorbían sin devolver nada, sin ofrecer la mínima resistencia que convierte el caminar en diálogo —superficies que habían sido recorridas demasiadas veces y se habían vuelto, en algún sentido que excedía lo físico, indiferentes a que uno estuviera allí.

Alaric avanzaba sin mapa.

No era temeridad. Era que el mapa habría sido, en el mejor de los casos, una ilusión de control, y en el peor, una trampa: en Lira, aquello que se nombraba tendía a fijarse, y aquello que se fijaba perdía la posibilidad de ser otra cosa. Cartografiar el mundo era una forma de colaborar con él.

Siempre encontraba lo que debía encontrar. Siempre evitaba lo que aún no debía ver.

Esta precisión lo inquietaba más que cualquier caos habría podido hacerlo. El caos, al menos, era honesto respecto a su falta de propósito. Pero esta guía —suave, constante, nunca declarada— era otra cosa. No era protección. Era restricción que se disfrazaba de camino, la diferencia entre un pastor y un carcelero siendo, al fin, solo cuestión de perspectiva: el primero lleva a donde el pasto es mejor, el segundo lleva a donde las paredes son más firmes, y ambos te llevan exactamente donde quieren, con exactamente la misma sonrisa benevolente y exactamente la misma indiferencia hacia lo que quieres tú.

El suelo lo llevaba. Alaric lo dejaba hacer, y el hecho de dejarlo hacer era la única forma de resistencia que le quedaba, porque al menos así sabía que obedecía, y saberlo era distinto a obedecer sin saberlo, aunque no estaba seguro de que la diferencia importara tanto como quisiera creer.

Capítulo 3

La grieta

Lira la encontró sin buscarla, lo cual, en este mundo, significaba que era inevitable que la encontrara.

La abertura no aparecía en ningún registro activo. Eso no significaba que fuera reciente: en Lira, la ausencia en los registros no indicaba ausencia de existencia, sino algo más perturbador, la posibilidad de que aquello que existía hubiera encontrado la manera de no ser conocido, de operar fuera del sistema de catalogación que hacía al mundo legible y, por lo tanto, manejable. Los registros no describían la realidad. La estabilizaban. Aquello que quedaba sin registrar no era invisible.

Era libre.

Y la libertad, en un mundo diseñado como Lira, era siempre una forma de anomalía.

La grieta descendía con una regularidad imperfecta, como si hubiera sido diseñada por algo que no necesitaba la simetría exacta porque operaba con un principio de orden diferente, anterior o quizás simplemente más honesto que el de los constructores de Lira. Sus bordes no eran rugosos sino matizados, como si la roca hubiera cedido no por fractura sino por convencimiento, como si se hubiera separado voluntariamente para dar paso a algo que tenía derecho a existir aunque nadie lo hubiera autorizado.

Lira entró.

El aire no cambió de composición. Cambió de comportamiento. Se volvió denso sin ofrecer resistencia —una densidad cualitativa antes que física, una presencia sin masa, una atención sin origen, la sensación de ser observada por algo que no tenía ojos porque no los necesitaba. Las paredes no reflejaban la luz.

La retenían.

Y en esa retención, la transformaban en algo que se parecía más a un recuerdo que a una iluminación: algo que ya había estado aquí antes, que cargaba consigo el peso acumulado de haber visto todo esto y de haberlo olvidado y de haberlo vuelto a ver, en un ciclo cuya extensión Lira no podía calcular pero que sentía en los pulmones como se siente la altitud, como una presión que no duele pero que advierte de que el cuerpo no está donde estaba.

Caminó despacio. No por miedo. Sino porque sentía que la velocidad podía romper algo que aún no sabía nombrar, y que aquello que se rompiera sin nombre no podría ser reparado.

Capítulo 4

Las inscripciones

La cámara no era grande.

Era exacta.

Había una diferencia entre esas dos cosas que a Lira le tomó un momento articular: que la grandeza es una relación entre el espacio y quien lo ocupa, y depende de la percepción, varía con el ánimo y el miedo y el cansancio, pero la exactitud es absoluta, impersonal, indiferente al estado del observador. Cada ángulo de la cámara respondía a una necesidad específica que Lira no podía identificar pero reconocía, de la misma manera en que se reconoce una lógica en un idioma que nunca se ha aprendido: por la insistencia de su coherencia, por el modo en que las partes se sostienen mutuamente sin holgura, sin desperdicio, sin ningún gesto gratuito.

Las inscripciones no estaban talladas.

Eran variaciones en la composición de la materia misma: zonas donde la superficie había sido alterada a un nivel que el ojo percibía como escritura aunque la mano no encontrara relieve. Como si el significado hubiera sido grabado en la sustancia de la piedra, no en su apariencia. Como si alguien hubiera comprendido que las palabras escritas en la superficie pueden ser borradas, pero las palabras escritas en la estructura de las cosas resisten mientras dure aquello en que están escritas.

Lira apoyó la palma.

No sintió temperatura. Sintió respuesta: algo al otro lado de la superficie que se reorientaba hacia ella, que reconocía el contacto y lo devolvía modificado, el modo en que un espejo devuelve la imagen pero invertida. No vio pasado. En Lira, los registros más profundos no archivaban lo que había ocurrido: archivaban lo que había sido decidido, y la distinción era la diferencia entre historia y mecánica.

Vio decisiones.

Secuencias completas desplegándose sin orden temporal, eventos que precedían a sus causas, consecuencias que anticipaban las acciones que las producirían, todo confluyendo con la inevitabilidad de la geometría en el mismo punto:

Un reinicio.

No violento. No el colapso de algo que ha fallado. El cierre calculado, limpio, casi compasivo, de algo que ha cumplido su función y reconoce —con una lucidez que en un ser vivo habría

podido llamarse sabiduría o resignación o cobardía— que continuar más allá de ese punto equivaldría a corromperse.

Retiró la mano.

Durante un instante, no recordó cómo había llegado allí. El vacío no duró más que un segundo, pero en ese segundo fue completo: no había trayecto, no había decisión previa, no había ningún hilo que uniera ese momento con cualquier momento anterior. Luego el recuerdo regresó.

No como continuidad.

Como reconstrucción. Como una historia plausible en cada detalle, coherente en su conjunto, correcta en todos los hechos, pero sin la textura íntima e indemostrable de lo que realmente se ha vivido. El recuerdo de haber llegado allí era técnicamente exacto y completamente ajeno.

Eso, pensó, debería haberla perturbado.

Que no lo hiciera la perturbó más.

Capítulo 5

Selene

Cuando Selene ascendía, el mundo se volvía más pesado.

No en masa. En significado —que en Lira no era una metáfora sino una descripción de algo que podía medirse, si se supiera cómo medir el peso de las implicaciones, el volumen específico del arrepentimiento, la densidad de lo que no puede ser deshecho.

Los lirianos se detenían en medio de sus acciones. No por decisión: la decisión habría requerido un momento de claridad, una pausa consciente, y esto era diferente, era la interrupción que proviene del exterior de uno mismo, del mundo que de pronto ejerce más gravedad de la que el cuerpo puede ignorar. Un niño observaba sus manos como si no le pertenecieran, como si fueran objetos que alguien había dejado al final de sus brazos y que ahora no sabía si debía devolver o conservar. Una mujer dejaba caer algo al suelo y no intentaba recuperarlo, no porque no le importara sino porque el gesto de recogerlo pertenecía ya a una cadena de consecuencias cuyo peso completo había sentido de golpe y ante la cual su voluntad se había vuelto insuficiente. Un anciano pronunciaba nombres en voz baja, nombres que no correspondían a nadie presente, con la concentración de quien recita algo que debe ser dicho aunque no haya nadie para escucharlo, aunque el significado se haya perdido hace tanto que ya solo quede la forma del significado.

Selene no devolvía el pasado.

Devolvía su peso.

Y el peso del pasado, en Lira, era el peso de todo lo que había sido necesario para que el presente fuera exactamente como era, el peso de cada decisión que había cerrado una puerta que antes estaba abierta, el peso de los caminos que no se tomaron y que de todas formas existían en algún lugar que no era el aquí.

Alaric sentía fragmentos. No recuerdos —los recuerdos tenían textura personal, tenían el color específico de una tarde específica, tenían el olor de algo que solo tú has oído. Esto era diferente. Eran tendencias: conocía cómo terminarían ciertas decisiones antes de que se tomaran, no porque las hubiera vivido, sino porque ya habían sido ejecutadas en algún ciclo que su memoria no conservaba pero su cuerpo no había olvidado. Como saber nadar sin recordar haber aprendido. Como tener miedo a algo que aún no ha ocurrido pero que reconoces porque lo has visto antes desde el otro lado.

Bajo Selene, el futuro no era incierto.

Era familiar de una manera que quitaba el aliento.

Capítulo 6

Nyx

Nyx no era oscuridad.

Era simplificación.

La distinción importaba. La oscuridad puede ser amenazante o acogedora, puede esconder o revelar, puede ser el fondo sobre el que destacan las formas que importan. Pero la simplificación de Nyx no tenía ninguna de esas propiedades ambivalentes: era una reducción limpia del mundo a sus componentes funcionales, la eliminación de todo aquello que no contribuyera a la operación del sistema, la disolución de la complejidad no por comprensión sino por remoción.

Bajo Nyx, las contradicciones desaparecían. No se resolvían —resolverlas habría requerido comprenderlas, atravesarlas, encontrar el punto donde convergían o el punto donde la divergencia misma tenía sentido. Simplemente dejaban de importar. Una deuda pendiente entre dos personas dejaba de tener peso. Una culpa que había ocupado años de pensamiento se volvía un hecho neutro, sin carga, sin consecuencias emocionales. Las conversaciones cesaban sin acuerdo porque el desacuerdo había perdido su urgencia. Las memorias más dolorosas no desaparecían: se volvían datos, hechos sin resonancia, como leer en un registro ajeno algo que no te afecta.

Era un estado funcional.

Peligrosamente funcional.

Alaric lo prefería. Lo había notado hace tiempo, en los primeros ciclos en que Nyx había oscilado hacia su cenit y él había sentido esa alivio peculiar, ese descenso de la presión que lleva a confundir la anestesia con la paz. Bajo Nyx, no había angustia. No había peso de las decisiones, no había el horror de la anticipación, no había la acumulación de todo lo que uno ha hecho y no puede deshacer.

Eso lo alarmaba.

No que Nyx existiera. Sino que lo que ofrecía fuera tan difícil de rechazar. Que la simplificación se sintiera tan parecida a la liberación. Que el olvido que no era olvido sino indiferencia pudiera ser tan suave, tan razonable, tan completamente razonable como para que uno no se diera cuenta, hasta que era demasiado tarde para que importara, de que lo que había ganado era exactamente lo mismo que había perdido.

Capítulo 7

Interferencia

El encuentro no ocurrió.

Coincidió.

La diferencia no era semántica: en Lira, los encuentros eran eventos causales, producidos por la convergencia de intenciones o de trayectorias guiadas hacia un mismo punto por el sistema. Las coincidencias eran otra cosa. Eran los momentos en que el sistema no había previsto, o no había querido prever, o —posibilidad que Alaric no podía descartar del todo— no había podido prever. El espacio no cambió. Titubeó. Y en ese intervalo milimétrico, en ese instante en que el mundo dudó sobre cuál de sus versiones elegir, Lira estaba allí.

Se observaron.

No buscando identidad —en Lira se aprendía temprano que la identidad era un riesgo, que reconocer demasiado a alguien era una forma de volverse predecible, de convertir la relación en trayectoria. Buscaban otra cosa. Alineación: la determinación de si algo en la frecuencia del otro correspondía a algo en la propia, si había suficiente resonancia para que el encuentro fuera más que una colisión de trayectorias.

—Esto ya ocurrió —dijo Lira.

No como hipótesis. No como pregunta retórica. Como detección: la afirmación de quien ha tocado algo y reconoce su temperatura porque ya la ha sentido antes, aunque no recuerde exactamente cuándo.

Alaric negó. Lentamente, con la deliberación de quien sabe que la negación es también una forma de información.

—No así.

Lira inclinó la cabeza con un gesto que no era duda sino consideración, la postura de quien sopesa algo que tiene peso real.

—Eso es lo que cambia siempre.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue denso con el tipo de significado que las palabras no pueden cargar sin romperse, el tipo de significado que vive en los márgenes del lenguaje y que uno puede señalar pero nunca nombrar del todo. Alaric pensó, no por primera vez, que la conversación más honesta que había tenido en Lira había ocurrido exactamente así, en un intervalo en que el mundo no sabía qué debía estar pasando.

Capítulo 8

Deriva inicial

Caminaron.

No decidieron hacerlo. La decisión habría supuesto un momento de deliberación, un reconocimiento mutuo de que caminaran juntos implicaba algo, y ese reconocimiento habría activado una serie de consecuencias que ninguno de los dos estaba preparado para gestionar todavía. En cambio, el entorno ajustó su disposición con la sutileza que Alaric ya conocía, abriendo espacio delante de ellos con la misma discreción con que se abre un camino para quien no ha pedido que lo abran pero a quien el sistema ha determinado que debe seguir adelante.

—¿Recuerdas? —preguntó Lira. No mirándolo. Mirando el espacio delante de ellos como si la pregunta fuera para el mundo en general.

—Como tendencia.

Lira no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, su voz tenía la textura de algo que se ha pensado más de una vez.

—Eso es peor.

Silencio. El suelo bajo sus pies variaba: zonas de registro preciso alternando con zonas de absorción indiferente, el ritmo irregular de un mundo que no se ha comprometido del todo con ningún principio de consistencia.

—No deberíamos encontrarnos —dijo Lira. Sin acusación. Con la neutralidad de quien señala una irregularidad en un sistema que debería ser regular.

—Ya lo hicimos.

—Eso significa que algo falló.

Alaric la miró de lado. Observó el ángulo de su mandíbula, la manera en que sus ojos se movían ligeramente hacia adelante y hacia los lados, como si procesara más de lo que estaba mirando, como si su atención abarcara un campo más amplio que su campo visual.

—¿O que algo dejó de obedecer?

Lira no respondió. Pero algo en la tensión de su cuerpo cambió de manera casi imperceptible, como una cuerda que se afloja un grado, y Alaric supo que la pregunta había aterrizado exactamente donde él quería que aterrizara.

Capítulo 9

La primera desviación

Nada colapsó.

Eso fue lo inquietante.

El mundo continuó. Las ciudades siguieron funcionando con su eficiencia habitual, los lirianos siguieron cumpliendo sus trayectorias previstas, el sistema de Elys y Theros siguió alternando con la precisión de algo que no necesita ser revisado porque lleva demasiado tiempo siendo exacto. Y sin embargo: algo no cerraba del todo. No como rotura. Como tolerancia: la diferencia entre una máquina perfecta y una máquina que funciona perfectamente bien pero que tiene, en algún punto de su mecanismo, un juego de medio milímetro que no debería existir.

Un objeto cayó y no fue recogido. Una decisión se demoró más de lo que su lógica requería. Una conversación continuó más allá de su punto de utilidad, dos personas hablando de algo que ya había concluido como si encontrarán en la extensión del intercambio algo que no podían obtener del cierre.

Pequeñas ineficiencias.

Pequeñas desviaciones del patrón que el sistema había establecido con la confianza de lo que se ha establecido demasiadas veces como para que alguien cuestione si debería seguir estableciéndose.

El sistema no las corregía.

Aún.

Y ese *aún* era la palabra más cargada que Alaric había encontrado en mucho tiempo: la confirmación de que el sistema las había notado, de que las había categorizado como desviaciones menores dentro de un margen tolerable, de que había calculado que corregirlas en este momento costaría más de lo que costaría dejarlas expandirse un poco más. Lo que implicaba que el sistema tenía un umbral de intervención. Lo que implicaba que debajo de ese umbral había un espacio donde las cosas podían ocurrir sin corrección.

Un espacio, aunque fuera pequeño, donde algo podía desviarse sin ser devuelto a su lugar.

Alaric no sabía todavía si eso era una vulnerabilidad o una trampa.

Capítulo 10

Umbral

Elys y Theros compartían el horizonte por primera vez en más ciclos de los que Alaric podía recuperar de su memoria operativa. No era superposición: estaban separados, claramente distinguibles, pero ocupaban el mismo horizonte sin que ninguno de los dos reclamara la jerarquía que habitualmente correspondía al que dominaba el cielo. Sus luces caían sobre el mundo de manera simultánea y contradictoria: zonas donde la materia cedía y zonas donde se fijaba, pero sin la organización que había convertido esa contradicción en sistema. Sin la separación que hacía que la incertidumbre de Elys y la certeza de Theros fueran fuerzas complementarias en lugar de simplemente incompatibles.

Selene y Nyx no eran visibles. Esa ausencia era, en sí misma, una presencia: los lirianos la sentían como se siente la presión antes de una tormenta, como el silencio antes de algo que aún no ha ocurrido pero que el cuerpo ya sabe que va a ocurrir porque el cuerpo sabe estas cosas antes que la mente.

El cielo no ofrecía dirección.

Lira observó. Permaneció de pie frente al horizonte con los soles múltiples durante un intervalo que no habría podido medir, y sintió algo que no podía clasificar con ninguna de las categorías que tenía disponibles. No era duda —la duda implica una pregunta con respuesta posible, y esto no tenía esa estructura. No era certeza. Era algo anterior a ambas: apertura, la condición de lo que todavía no ha elegido, de lo que mantiene abierta la posibilidad de ser más de una cosa a la vez.

Como si el mundo, por un instante, no supiera qué debía ser.

Y en ese desconocimiento, ella tampoco.

Y la diferencia entre ese no saber y el miedo, comprendió, era la diferencia entre el vacío que espera ser llenado y el vacío que solo puede ser temido: que en uno había todavía algo parecido a la libertad, y en el otro solo había el eco de lo que se ha perdido.

PARTE II

LOS MECANISMOS

Una guerra entre sistemas idénticos no es una guerra. Es un sistema verificándose a sí mismo.

Capítulo 11

Activación

La guerra no comenzó.

Se volvió inevitable.

La distinción importaba de una manera que la mayoría de los lirianos nunca llegaría a articular pero que todos sentían como se siente la diferencia entre caer y saltar: que en un caso hay una causa externa, algo que interrumpe, que empuja, que irrumpe; y en el otro hay una decisión interior que se ha tomado mucho antes de que el cuerpo la ejecute, que ha ido madurando en el silencio de los sistemas profundos hasta que la única manera de no ejecutarla es no ser aquello que la tomó.

Durante ciclos —si es que esa palabra seguía significando algo en un mundo cuya relación con el tiempo se había vuelto, como mínimo, compleja— las tensiones habían existido sin manifestarse. Diferencias mínimas en la interpretación de los registros. Ajustes que producían nuevos desajustes en una cadena que nadie había seguido hasta su origen porque en Lira no se buscaban orígenes, se buscaban tendencias. Variaciones acumuladas en la manera en que distintos grupos de lirianos respondían a las mismas señales del sistema.

Nada suficiente por sí solo.

Pero en Lira, los eventos no dependían de causas aisladas. Dependían de acumulación: de la manera en que las pequeñas variaciones se suman en una dirección sostenida hasta que el peso total supera el umbral de compensación del sistema. Y cuando ese umbral se alcanzaba, la transición no era caótica sino limpia, casi elegante, como el momento en que un material sometido a presión sostenida deja de deformarse gradualmente y cede de golpe a lo largo de su línea de menor resistencia.

Las ciudades no se prepararon para la guerra.

Se reorganizaron para ella. Los espacios que habían sido habitacionales se volvieron logísticos. Los caminos que habían sido cotidianos se volvieron tácticos. Los lirianos que habían ocupado ciertas funciones encontraron que sus funciones habían cambiado de contenido sin que nadie hubiera emitido ninguna orden, como si las órdenes fueran el último paso en un proceso que comenzaba mucho antes, en las capas del sistema donde la decisión ya estaba tomada mucho antes de que alguien la enunciara.

Alaric observó la reorganización con la incomodidad de quien reconoce un proceso que conoce demasiado bien como para encontrarlo neutral.

Capítulo 12

El terreno

El campo de conflicto no estaba definido porque no podía estarlo.

No había fronteras en el sentido que ese término implica en un mundo normal: líneas trazadas entre lo que pertenece a uno y lo que pertenece al otro, límites que el acuerdo o la fuerza han convertido en hechos. En Lira, el espacio se configuraba en función de las decisiones que se tomaban en él, respondía a la intención con la misma sensibilidad con que una superficie de agua responde a la presión, y si dos intenciones incompatibles actuaban sobre el mismo espacio, el espacio no elegía entre ellas sino que se adaptaba a las dos de maneras que no siempre eran coherentes entre sí.

Elevaciones que no habían existido el día anterior habían aparecido durante la noche. No como construcciones: como emergencias, como si el terreno hubiera encontrado en la nueva situación una razón para reorganizarse. Superficies que absorbían el sonido hasta volverlo inútil, que convertían las órdenes en murmullos y los murmullos en silencio. Estructuras que aparecían en posiciones tácticamente coherentes para ambos bandos simultáneamente, como si el campo de batalla hubiera sido diseñado para que el conflicto fuera igualmente sostenible desde cualquier lado, igualmente difícil de resolver en ninguno.

Alaric observaba desde una formación elevada que no recordaba haber visto antes. Eso no significaba que fuera nueva.

—Esto ya fue resuelto —dijo. Su voz sonó extraña incluso para él, como si la afirmación viniera de un lugar más profundo que su pensamiento consciente.

El estratega a su lado no lo contradijo. Tenía la mirada de alguien que ha alcanzado una conclusión que preferiría no haber alcanzado.

—No por nosotros.

Capítulo 13

Estrategia

Las órdenes no se imponían.

Emergían.

La distinción era la diferencia entre un mando que ordena y un sistema que produce resultados: en el primero, la autoridad fluye de quien tiene el poder hacia quien debe obedecer, y hay una dirección, una voluntad, un sujeto que puede ser cuestionado o resistido. En el segundo no hay ningún punto donde intervenir porque el proceso no pasa por ningún sujeto, ocurre entre los elementos del sistema con la inevitabilidad de algo que simplemente sigue sus propias reglas.

Alaric proyectó una secuencia sobre una superficie mineral. No dibujó líneas: las líneas se organizaron en respuesta a su intención, anticipando el movimiento de su mano, completando las trayectorias antes de que él las terminara de indicar. Rutas de avance que aprovechaban las zonas donde el terreno devolvía el peso con precisión. Puntos de colapso identificados no por análisis sino por una especie de reconocimiento, la sensación de haber visto antes la configuración exacta de debilidad. Zonas de presión que se distribuían con la eficiencia de algo que ya había sido calculado.

—No estoy decidiendo —dijo. No como queja. Como observación.

—Estás alineándote —respondió el estratega.

—¿Con qué?

El silencio del estratega fue suficiente. No era la pausa de quien no sabe la respuesta sino la de quien sabe que la respuesta no puede ser dicha sin consecuencias que no está dispuesto a afrontar en este momento. Alaric la reconoció porque la había practicado él mismo.

Se alineaba con algo más antiguo que cualquier decisión que hubiera tomado. Con algo que ya había ocurrido en algún ciclo que su memoria no conservaba pero que su cuerpo sabía cómo ejecutar. Con el patrón que el sistema había establecido y que él, en este momento, era simplemente el instrumento de reproducir.

La pregunta —la pregunta que no se hizo en voz alta porque el silencio del estratega le había enseñado que no debía— era si había alguna diferencia real entre alinearse con algo y elegirlo. Si el resultado era el mismo, si la acción era la misma, si el mundo que se producía era el mismo, ¿importaba si había habido decisión?

Creó que sí. Pero en ese momento no podría haber explicado por qué.

Capítulo 14

Primer contacto

Las fuerzas avanzaron con una eficiencia que no era marcial sino orgánica.

No hubo gritos. Los gritos eran para los conflictos que no habían sido previstos, para los momentos en que el cuerpo se enfrenta a algo para lo que no tiene protocolo y reacciona con todo lo que tiene. Aquí no había nada que requiriera ese nivel de improvisación. Cada unidad se desplazó como si conociera la distancia exacta a la que debía detenerse, como si llevara inscrita en algún nivel subindividual la geometría del conflicto, la configuración que maximizaba la eficiencia y minimizaba la variabilidad.

El impacto no fue caótico.

Fue preciso con un tipo de precisión que resultaba, en cierto sentido, más difícil de sostener que el caos habría sido. El caos al menos tiene la honestidad de no fingir que sabe lo que hace. Pero esto —cuerpos que caían en posiciones que optimizaban la continuidad del movimiento del resto, espacios que se abrían exactamente donde debían abrirse, errores que eran mínimos y corregidos de inmediato sin que nadie los señalara porque el sistema no necesitaba que nadie los señalara— esto tenía la frialdad perturbadora de algo que funciona demasiado bien como para ser casual.

Alaric se movía con una eficiencia que no sentía propia. Evitaba ataques antes de que se manifestaran, anticipaba decisiones que no había observado tomarse, ocupaba posiciones que resultaban correctas no porque las hubiera calculado sino porque sus pies lo llevaban allí con una certeza que no pasaba por su conciencia. No reaccionaba.

Ejecutaba.

Y la diferencia entre las dos cosas —entre el gesto que surge de la elección y el gesto que surge de la ejecución de algo ya elegido— era exactamente la pregunta que no podía hacerse mientras el cuerpo seguía moviéndose, porque hacerse esa pregunta habría requerido el tipo de pausa que el sistema no dejaba disponible.

Capítulo 15

Simetría

El enemigo no era distinto.

Eso fue lo que quebró cualquier noción de superioridad, cualquier relato que cualquiera de los dos bandos hubiera podido construir sobre la diferencia entre los que tienen razón y los que no la tienen, entre los que defienden algo y los que atacan algo, entre los que actúan desde la justicia y los que actúan desde la necesidad o el error.

Mismas formaciones. Mismas respuestas a los mismos estímulos. Mismas correcciones aplicadas con la misma velocidad a los mismos tipos de error. Como si ambos lados no fueran ejércitos distintos enfrentados sino expresiones diferentes de un único proceso que se estaba ejecutando a sí mismo, que se requería a sí mismo dos caras para poder procesar algo que de otra manera no tendría manera de completar.

Alaric observó a un comandante rival desde la distancia suficiente como para ver el gesto pero no la expresión. Durante un instante, sus movimientos coincidieron. No en sincronía —la sincronía es la correspondencia de dos cosas separadas que se mueven al mismo tiempo. Esto era más inquietante que eso. Era identidad: los mismos movimientos producidos por los mismos cálculos operando sobre los mismos parámetros, sin ninguna referencia mutua, sin ninguna comunicación.

—No estamos luchando contra ellos —dijo Alaric.

El estrategia respondió sin énfasis, con la neutralidad de quien ha llegado a la misma conclusión hace suficiente tiempo como para que ya no le produzca reacción.

—Estamos confirmando algo.

Alaric no preguntó qué. Sabía que la respuesta era del tipo que no se puede formular sin cambiar algo, y no estaba seguro de estar preparado para ese cambio. Todavía no. Quizás nunca.

Capítulo 16

Lira

Lira no combatía.

Eso la volvía visible de una manera que el combate nunca habría podido hacerlo: mientras los demás se integraban en los patrones del sistema, se volvían indistinguibles de las fuerzas que los movían, ella se desplazaba sin optimizar ningún resultado, sin tender hacia ningún punto de eficiencia, sin contribuir a ninguna de las convergencias que el sistema necesitaba para procesar el conflicto y cerrarlo.

Su presencia no generaba caos. El caos habría sido, a su manera, funcional: el sistema sabía cómo tratar el caos, tenía mecanismos para absorberlo, para redistribuirlo, para convertirlo en variabilidad controlada dentro de los parámetros del proceso. Lo que generaba Lira era diferente. Generaba retraso: un movimiento que llegaba una fracción de segundo tarde a su posición prevista, una formación que no cerraba del todo antes de que el momento de eficacia máxima hubiera pasado, una decisión que encontraba su punto óptimo pero no lo ocupaba, como si algo en la cadena de causas hubiera encontrado una resistencia inesperada, un lugar donde la determinación cedía y dejaba un espacio.

Alaric la encontró entre los cuerpos y las formaciones, en uno de esos espacios que el conflicto había producido pero que nadie había reclamado todavía.

—Estás interfiriendo.

—No —respondió Lira. Miró el campo, la geometría de los movimientos, la precisión de las trayectorias. Su voz tenía algo que no era exactamente desaprobación pero que se le parecía en su tono.

—Esto está demasiado ajustado.

Capítulo 17

Corrección

El sistema respondió.

No con fuerza —la fuerza habría requerido un punto de aplicación, un objetivo, una dirección, y lo que Lira hacía no tenía ninguna de esas propiedades que permitieran identificarla como amenaza localizable. Respondió con precisión: identificó las desviaciones, calculó sus efectos en cascada, distribuyó compensaciones a lo largo de la red de relaciones que constituían el campo de conflicto.

Una falla en un punto se compensaba con un avance forzado en otro. Una demora en una formación se equilibraba con una velocidad aumentada en la formación adyacente. Una decisión que no había encontrado su punto óptimo era reemplazada por dos decisiones paralelas que producían, en conjunto, el mismo resultado que la decisión original habría producido si hubiera llegado a tiempo.

Nada quedaba sin ajustar. El sistema no tenía umbrales de indiferencia para las desviaciones que Lira producía: cada una era catalogada, pesada, compensada con la eficiencia mecánica de algo que ha tenido demasiado tiempo para perfeccionar sus procedimientos de respuesta.

Pero el costo aumentaba. Cada compensación requería recursos que antes habían estado disponibles para otras funciones. Cada ajuste producía necesidades de ajuste secundario. La red de compensaciones se volvía más densa, más interdependiente, más frágil en el sentido de que la fragilidad de las redes no es la fragilidad de las cosas simples, que se rompen en un punto, sino la fragilidad de las cosas complejas, que se rompen en todas partes a la vez cuando el estrés supera cierto umbral.

Alaric comenzó a percibir algo nuevo. No en los cuerpos ni en las formaciones. En el comportamiento de las unidades que llevaban más tiempo en el campo: una microsecuencia de hesitación antes de ejecutar una acción que antes habría sido automática. Un gesto de duda donde antes no había ninguna información que justificara la duda.

Fatiga.

En un sistema que no debería saber lo que era la fatiga.

Capítulo 18

Duración

La batalla se extendió.

Eso no debía ocurrir. Los conflictos en Lira tenían una duración implícita que no era estratégica sino sistémica: el sistema procesaba la tensión, la canalizaba hacia un punto de resolución, y cuando la resolución se alcanzaba, el conflicto no terminaba porque alguien declarara victoria sino porque el proceso había completado su ciclo y ya no había razón funcional para continuar. Era la diferencia entre una guerra que termina cuando uno de los lados claudica y un proceso que termina cuando ha producido lo que tenía que producir.

Pero esta vez, el cierre no llegaba.

Las formaciones se desarmaban antes de consolidarse, creando vacíos que el sistema llenaba con nuevas formaciones que también se desarmaban antes de consolidarse. Las decisiones se volvían redundantes: los mismos cálculos ejecutándose sobre los mismos parámetros produciendo los mismos resultados que volvían a requerir los mismos cálculos en una cadena que no avanzaba sino que rotaba. Las trayectorias perdían precisión de manera acumulativa, como instrumentos que se descalibran gradualmente sin que ningún momento individual sea el momento en que dejaron de ser precisos.

—No está cerrando —dijo el estratega.

Alaric no respondió. Estaba observando algo que no había visto antes en ningún conflicto, en ningún ciclo, en ninguna de las situaciones que su memoria operativa le devolvía como referencia. No estaba prediciendo el próximo movimiento. No estaba anticipando la decisión siguiente. No estaba ejecutando un protocolo que ya había sido ejecutado antes.

Por primera vez en más tiempo del que podía medir, no sabía qué iba a pasar.

Y en lugar del pánico que debería haber acompañado esa ausencia de anticipación, lo que sintió fue algo que tardó varios segundos en reconocer.

Atención. Pura y sin destino previsto. La atención de quien realmente mira porque realmente no sabe lo que va a ver.

Capítulo 19

Ruptura local

La línea de combate se fragmentó.

No por derrota —la derrota habría requerido que uno de los lados hubiera alcanzado una ventaja suficiente para que el otro no pudiera compensarla. No por agotamiento de recursos, que el sistema habría redistribuido. No por ninguna de las razones que el sistema tenía clasificadas como causas de fragmentación y para las que tenía protocolos de respuesta.

Por inconsistencia.

Individuos actuaban fuera de patrón. No todos. No de manera coordinada. Pero suficientes, distribuidos con suficiente irregularidad a lo largo de la línea, como para que el efecto fuera sistemático sin ser organizado. Algunos se retiraban sin razón táctica, abandonando posiciones que el sistema no podía permitirse perder y que sin embargo se perdían porque los individuos que debían defenderlas habían dejado de operar según los parámetros que el sistema esperaba de ellos. Otros avanzaban hacia zonas sin valor estratégico con una determinación que no podía explicarse por ningún cálculo disponible. Otros simplemente se detenían: se quedaban parados en el campo como objetos que hubieran perdido su función sin haber perdido su presencia.

—Esto no es error —dijo Lira.

Alaric no respondió de inmediato. Observó los patrones de fragmentación, buscó en ellos la lógica que debería haber, encontró en cambio algo diferente: no la ausencia de lógica sino la presencia de varias lógicas incompatibles operando simultáneamente, cada una coherente en sí misma, ninguna dominante.

—¿Entonces qué?

Lira sostuvo su mirada un momento antes de responder.

—Es acumulación.

Capítulo 20

El punto sin tendencia

En el centro del campo había un espacio que no respondía.

No se reorganizaba en torno a las necesidades del conflicto. No se optimizaba en función de las trayectorias de ninguno de los dos bandos. No ofrecía ni resistencia ni facilitación. No devolvía el peso de los pasos con precisión ni lo absorbía con indiferencia. Simplemente no respondía, con la neutralidad absoluta de algo que ha dejado de participar en las reglas del juego sin haberse retirado del campo.

Alaric avanzó hacia él.

Cada paso requería decisión de una manera que los pasos anteriores no habían requerido: sin anticipación, sin el leve tirón hacia adelante que el sistema ejercía sobre los cuerpos en movimiento, sin la sensación de ir hacia donde se debía ir. Solo la elección, renovada en cada metro, de continuar moviéndose en esa dirección en lugar de en cualquier otra.

Era agotador. Era también, aunque no habría podido explicar por qué sin que la explicación sonara a contradicción, una forma de alivio. Porque el agotamiento era la señal de que algo en él respondía al esfuerzo real, al tipo de esfuerzo que solo existe cuando hay resistencia genuina, cuando el resultado no está garantizado de antemano.

Entró en el espacio.

Y algo dejó de operar.

No dramáticamente. No con colapso ni con silencio súbito. Simplemente: algo que había estado siempre funcionando en el fondo de su percepción, como el zumbido de un sistema de ventilación al que uno se acostumbra hasta que ya no lo escucha pero que estaba siempre allí, dejó de estar.

Capítulo 21

Ausencia

Dentro de ese espacio, no había guía.

No había proyección de resultados. El sistema no completaba sus secuencias de anticipación, no devolvía probabilidades de éxito para ningún curso de acción, no indicaba mediante la textura del suelo o la densidad del aire o la calidad de la luz cuál era la dirección correcta. Cualquier dirección era igualmente posible. Ninguna era recomendada.

No había memoria operativa en el sentido en que Alaric la conocía: no el acceso a ciclos anteriores, no las tendencias extraídas de repeticiones, no la sensación de reconocimiento que acompañaba a las situaciones ya procesadas. Había solo el momento presente, con toda su apertura y todo su peso, sin el acolchado de lo que había ocurrido antes para darle contexto y, por lo tanto, para reducir su incertidumbre.

Alaric no sabía qué hacer.

No porque faltaran opciones, sino porque ninguna se imponía sobre las otras, porque el sistema de preferencias que normalmente hacía que ciertas opciones fueran más visibles que otras, más fáciles de elegir, más naturales, había dejado de funcionar. Estaba frente a un número de posibilidades que se sentía como libertad absoluta y que tenía, por eso mismo, la estructura del vértigo.

Lira estaba allí. No había llegado.

Coincidió, en el sentido que habían explorado antes: presente en el lugar donde la presencia no había sido anticipada, donde el sistema no la había proyectado ni impedido, donde simplemente era.

—Aquí no se repite —dijo.

Alaric la observó. Buscó en su rostro la señal de si lo que decía era alivio o advertencia.

—Aquí no hay nada.

Lira no corrigió el tono de su voz.

—Exacto.

Capítulo 22

Decisión

El campo de batalla continuaba alrededor de ese espacio central con la impasividad de un proceso que no sabe que hay alguien observándolo desde afuera.

Pero ya no importaba. No porque hubiera terminado: las formaciones seguían moviéndose, las trayectorias seguían intersectándose, el sistema seguía procesando y ajustando con su eficiencia habitual. Sino porque desde dentro del espacio sin tendencia, el conflicto había perdido la urgencia que el sistema le atribuía. Se veía como lo que era: una función, un proceso de resolución de tensiones acumuladas, tan impersonal en su violencia como en su precisión.

—Si decides aquí —dijo Lira— no se integra.

—¿A qué?

—A lo que siempre vuelve.

Alaric permaneció en silencio. Procesó la implicación. Una decisión tomada en un espacio donde el sistema no operaba era, por definición, una decisión que el sistema no podría absorber en su lógica de ciclos y repeticiones. No podría ser catalogada, ponderada, incorporada como variable en el próximo cálculo. Quedaría fuera. Sería, en el sentido más literal del término, libre.

No había urgencia. No había la presión del tiempo que el sistema ejercía sobre todas las acciones que le pertenecían, la sensación de que había un momento óptimo y que ese momento pasaba. Aquí el tiempo no era escaso.

Eso era lo nuevo. Y Alaric tardó más de lo que esperaba en reconocerlo, porque había pasado tanto tiempo en un mundo donde el tiempo era siempre escaso, siempre estructurado, siempre parte del sistema, que la ausencia de esa presión se sentía inicialmente como pérdida.

Luego, muy lentamente, se sentía como otra cosa.

Capítulo 23

Intervención

El sistema reaccionó.

No con violencia —la violencia habría requerido un objetivo que el sistema pudiera localizar, y lo que estaba ocurriendo en ese espacio central no producía señal que el sistema pudiera rastrear. Reaccionó con insistencia: el tipo de presión sostenida, suave, continua, que no se experimenta como fuerza sino como contexto, que no empuja sino que inclina, que no ordena sino que hace que cierta dirección parezca más natural que las otras hasta que la diferencia entre elegir esa dirección y ser llevado hacia ella se vuelve imposible de distinguir.

Las trayectorias intentaron restablecerse alrededor del espacio. Las decisiones buscaron su alineación habitual, su punto de menor resistencia, su resultado más probable y más compatible con el ciclo en curso. El conflicto intentó cerrarse de la manera en que siempre había cerrado: no con la dramática resolución de una victoria sino con el silencioso agotamiento de un proceso que ha completado su función.

Pero algo no encajaba.

Alaric dio un paso.

Uno solo. Desde dentro del espacio hacia algún lugar que no era exactamente afuera pero que tampoco era exactamente dentro. Sin anticipación: el paso no fue hacia donde el sistema habría llevado su cuerpo si hubiera estado operativo. Sin optimización: no fue hacia la posición que habría maximizado ningún resultado medible. Sin garantía de ninguna clase sobre lo que produciría.

El mundo no colapsó.

Pero vaciló —con la vacilación de algo que ha encontrado, por primera vez en un período más largo del que su sistema de memoria podía cubrir, una variable que no estaba en sus ecuaciones y que no sabía si podía incorporar sin alterar el resultado de todo lo demás.

Capítulo 24

Disolución

La guerra no terminó.

Tampoco continuó.

Se disolvió: que es la forma en que terminan las cosas que no tienen un sujeto que pueda capitular o un objetivo que pueda ser alcanzado o negado. Se disolvió como se disuelve la niebla, no porque alguien la haya dispersado sino porque las condiciones que la sostenían dejaron de operar, porque el calor cambió o el viento giró o simplemente porque algo en la atmósfera se reorganizó de una manera que la niebla no podía sostener.

Las fuerzas se retiraron sin victoria. No con la satisfacción de quien ha conseguido lo que buscaba ni con la amargura de quien ha perdido lo que esperaba conservar, sino con el tipo de conclusión que se siente cuando el proceso termina sin haber producido lo que se suponía que debía producir, cuando el ciclo se interrumpe antes del cierre y lo que queda es una suspensión, una pregunta sin signo de interrogación.

Las estructuras perdieron su función inmediata. El terreno dejó de responder con la precisión táctica que había mantenido durante el conflicto. Los espacios que habían sido definidos por su relación con las fuerzas que los ocupaban comenzaron a ser solo espacios, sin dirección privilegiada, sin orientación impuesta.

No hubo resolución.

Solo interrupción.

Y la interrupción, en un sistema diseñado para la resolución, era su propia forma de ruptura.

Capítulo 25

Residuo

Quedaron restos.

No físicos —los cuerpos, las estructuras dañadas, los materiales desplazados, todo eso era accidental al proceso, productos secundarios que el sistema reabsorbería con la eficiencia de algo que no puede permitirse el desperdicio. Los restos que quedaron eran de otra naturaleza: operativos, funcionales, invisibles para cualquiera que no supiera dónde mirar.

Decisiones sin cerrar: cadenas de causalidad que habían sido iniciadas pero que no habían llegado a su punto de resolución, que seguían activas en el sistema como procesos en suspenso, ocupando recursos sin producir resultados, sin poder ser interrumpidas porque no habían llegado al punto donde la interrupción era posible.

Trayectorias incompletas: movimientos que habían comenzado su arco pero que la disolución del conflicto había dejado sin su punto de llegada, que seguían existiendo como potenciales sin actualizar, como preguntas cuya respuesta había sido pospuesta.

Secuencias interrumpidas que el sistema no podía reanudar sin información sobre el estado en que se habían interrumpido, información que se había perdido en la disolución.

Y algo más: zonas donde el sistema no había recuperado el control total. No muchas. No amplias. Pequeñas como heridas que no llegan a ser profundas pero que tampoco cicatrizan del todo, que permanecen abiertas, que permiten que algo entre o que algo salga, que mantienen una apertura en la superficie que debería ser perfectamente cerrada.

Alaric las observó desde lejos.

Las marcó en su memoria con el cuidado de quien registra algo sin estar seguro todavía de para qué lo registra.

Capítulo 26

Diagnóstico

En las capas profundas del sistema, donde los procesos no tenían nombre porque nadie había necesitado nombrarlos, ocurría algo que podría llamarse reflexión si la palabra no implicara un sujeto que se piensa a sí mismo.

El sistema procesaba. No evaluaba —la evaluación habría requerido criterios externos, algún estándar de lo que debería ser, y el sistema no tenía exterioridad. Ajustaba: comparaba el estado actual con el estado proyectado, identificaba las discrepancias, calculaba el costo de reducirlas.

Variables: la distribución de estados funcionales en la red liria. La proporción de decisiones que se alineaban con el patrón de ciclos anteriores. La velocidad de absorción de las desviaciones periféricas. La coherencia de los registros con los eventos que describían.

Desviaciones: múltiples, distribuidas, de magnitudes que individualmente caían dentro de los márgenes tolerables pero que en conjunto excedían los límites de lo que el sistema había proyectado como variabilidad normal.

Persistencias: elementos que el sistema había intentado absorber y que no habían sido absorbidos. No porque resistieran activamente, sino porque no tenían la estructura que el sistema necesitaba para incorporarlos. Como intentar disolver algo en un líquido que no es su solvente.

El diagnóstico no llegó como alarma.

Estado del ciclo: comprometido. Nivel de divergencia: creciente. Elemento no absorbido: activo.

Llegó como constatación. Como el reconocimiento frío e impersonal de algo que ha cambiado y que no puede cambiar de regreso.

Capítulo 27

Consecuencia

Alaric observaba el campo vacío.

No sentía victoria —la victoria requiere haber buscado algo y haberlo conseguido, y él no había buscado nada, o si lo había buscado no podía nombrar qué era. No sentía derrota, que requiere haber perdido algo que se quería conservar.

Sentía ausencia.

Algo que siempre había estado —aunque no hubiera podido nombrarlo hasta que ya no estaba, de la misma manera en que no se nombra el aire hasta que falta— había desaparecido. La guía: esa presencia constante y nunca declarada que orientaba sin ordenar, que encaminaba sin forzar, que hacía que el mundo tuviera siempre una dirección preferida y que esa dirección fuera también, con una coincidencia que nunca había parecido sospechosa hasta ahora, la dirección que el sistema necesitaba que se tomara.

Se volvió hacia Lira.

—¿Qué hicimos?

Lira sostuvo su mirada. No con la tranquilidad de quien tiene certeza, sino con la firmeza de quien ha aceptado no tenerla.

—Interrumpimos.

—¿Se va a repetir?

Lira miró el horizonte donde Elys y Theros compartían el cielo sin jerarquía, sin la alternancia que los hacía predecibles. Los soles no estaban completamente alineados. Tampoco completamente separados. Existían en una configuración que ningún ciclo anterior había producido.

—No de la misma forma.

Alaric asintió. No era alivio —el alivio implica que algo amenazante ha pasado. Era otra cosa: una forma de incertidumbre que no había experimentado antes, que no tenía la textura de la ignorancia sino la textura de algo que podría, si se le daba tiempo, convertirse en apertura.

En Lira, la incertidumbre siempre había tenido peso.

Pero este tipo de peso era diferente.

Por primera vez, no aplastaba.

PARTE III

LA CONTAMINACIÓN

*Lo que contamina un sistema cerrado no es el error.
Es la posibilidad de que haya algo que el sistema no haya previsto.*

Capítulo 28

Después

El mundo no volvió.

Continuó. Que es distinto: volver implica una dirección, un punto anterior que funciona como referencia y al que se regresa, un estado que puede ser restaurado. Continuar implica que lo que era antes ya no funciona como referencia, que el movimiento va hacia adelante pero que el adelante ya no es lo que el sistema había proyectado.

Las ciudades retomaron su actividad. Los lirianos reanudaron sus estructuras, ocuparon sus roles, ejecutaron las funciones que el sistema esperaba de ellos con una fidelidad que habría parecido normal a cualquiera que no supiera cómo había sido antes. Y sin embargo: la precisión había desaparecido. No toda. No de manera declarada. Sino en los márgenes, en los detalles, en esa diferencia entre algo que funciona perfectamente y algo que funciona pero con una holgura apenas perceptible, como un mecanismo al que alguien ha desplazado ligeramente todos sus componentes y que sigue operando pero que ya no opera de la misma manera en que fue diseñado para operar.

Las sombras tardaban una fracción de más en coincidir con los cuerpos que las proyectaban. Los sonidos llegaban con un leve desfase respecto a su origen, como si el sonido y el evento que lo producía hubieran dejado de ser la misma cosa para ser dos cosas relacionadas. Las acciones no cerraban con la misma exactitud: un gesto llegaba al noventa y nueve por ciento de su punto óptimo y se detenía allí, en ese margen imperceptible pero real, en ese espacio entre lo que fue y lo que debería haber sido.

Nada suficiente para nombrarlo.

Pero suficiente para percibirlo.

Y la percepción sin nombre, en Lira, era siempre la señal de que algo había comenzado.

Capítulo 29

La grieta

Lira regresó.

La grieta no descendía.

Ascendía. No en dirección —en comportamiento. Era la misma abertura, la misma irregularidad en la superficie, pero algo en su relación con el mundo que la rodeaba había cambiado de manera que Lira tardó un momento en definir: que antes la grieta era un acceso a algo más profundo, una apertura que llevaba hacia abajo, hacia dentro, hacia el nivel donde las inscripciones guardaban lo que el sistema había decidido conservar. Ahora era una superficie de transición: no un camino hacia dentro sino una zona donde dentro y fuera perdían su distinción habitual.

Al avanzar, Lira no cambiaba de lugar.

Cambiaba de estado.

Una cámara aparecía —y se reconfiguraba al ser observada, como si la observación fuera una intervención en el sistema que la producía, como si mirar algo fuera suficiente para alterarlo. Un pasaje se acortaba cuando se lo intentaba recorrer con intención clara, como si el espacio respondiera a la certeza contrayéndose, ofreciéndole menos de lo que habría ofrecido a alguien que no supiera exactamente adónde iba.

Lira se detuvo.

—No está fallando —dijo. Su voz no produjo eco: produjo variación, una modulación del espacio alrededor de las palabras que las hacía persistir de manera ligeramente diferente a como habrían persistido en cualquier otro lugar.

—Está respondiendo.

La diferencia entre esas dos cosas era la diferencia entre un sistema que se rompe bajo presión y un sistema que se adapta bajo presión. La segunda posibilidad era, en casi todos los sentidos que importaban, más inquietante que la primera.

Capítulo 30

El cuerpo

Alaric percibió el cambio en sí mismo.

No en forma —su cuerpo era reconociblemente el mismo, ocupaba el mismo espacio, tenía las mismas capacidades físicas. En operación: en la manera en que su percepción procesaba el mundo, en la relación entre lo que recibía y lo que producía, en la cadena que iba desde la información hasta la acción.

Sus movimientos ya no anticipaban con precisión constante. El sistema de proyección que antes había operado de manera tan fluida e involuntaria como la respiración —el sistema que le decía, antes de que ocurriera, qué iba a ocurrir, que le permitía ocupar la posición correcta antes de que la necesitara— funcionaba ahora de manera irregular, a intervalos, con una impredecibilidad que era en sí misma imposible de predecir.

Pero en ciertos momentos —breves, intensos, de una claridad que el resto del tiempo era inaccesible— esa capacidad regresaba. Y cuando regresaba, había sido amplificadas de una manera que lo dejaba sin aliento: veía secuencias completas, no solo el próximo movimiento sino la cadena entera, acción y resultado y derivación, con una profundidad que sus capacidades normales nunca habían alcanzado.

Y luego desaparecía.

Sin aviso. Sin degradación gradual. Un momento la visión estaba allí, completa y abrumadora, y al momento siguiente no había rastro de ella.

No podía activarla. No podía evitarla. Peor aún: no podía distinguir, en el momento en que ocurría, si lo que veía era real o era el tipo de proyección que el sistema generaba cuando necesitaba que cierta acción fuera tomada, si era información o instrucción. Si era su percepción o la del sistema.

La diferencia ya no era obvia.

Y necesitar que fuera obvia para actuar era, descubrió, una forma de parálisis que el sistema nunca había necesitado porque el sistema nunca había dejado que la pregunta tuviera relevancia.

Capítulo 31

Memoria distribuida

Bajo Selene, algo distinto emergió en los lirianos.

No eran recuerdos en el sentido habitual —la recuperación de experiencias pasadas con su textura específica, su color de tiempo específico, la sensación de haber sido alguien que vivió eso. Eran asignaciones incompletas: fragmentos de información que no tenían una ubicación temporal definida, que no pertenecían claramente al pasado ni al futuro pero que tampoco eran presentes, que flotaban en una zona intermedia sin clasificación posible.

Un liriano describía con precisión de detalles una ciudad que no existía en ningún registro activo. Y la ciudad podía ser localizada: no en el espacio físico actual, sino en alguna capa de lo que el mundo había sido o podría ser. Otro hablaba de una conversación que aún no había ocurrido, con los detalles específicos de algo recordado —la posición de los cuerpos, el orden de las palabras, la pausa antes de la frase decisiva— y la conversación luego ocurría, exactamente así, sin que ninguna de las personas que participaban en ella pudiera afirmar que la habían elegido.

La memoria dejó de referirse al pasado.

Se volvió operativa: un sistema de acceso a información que no dependía de la secuencia temporal para ser válida, que podía recuperar lo que había ocurrido o lo que ocurriría con la misma facilidad, que hacía que la distinción entre experiencia y anticipación dejara de tener la claridad que había tenido.

—No estamos recordando —dijo Alaric. Lo dijo con la voz de quien intenta articular algo que el lenguaje disponible no fue diseñado para contener.

—Estamos accediendo —respondió Lira. Sin explicación. Como si la palabra fuera suficiente para quien tuviera la disposición para entenderla.

Capítulo 32

Interferencia

Donde Lira permanecía, el entorno cambiaba.

No colapsaba —el colapso habría sido, paradójicamente, más fácil de gestionar: un evento localizable, con inicio y fin, con una extensión que podía contenerse. Lo que ocurría donde Lira permanecía era más difuso y más persistente: una pérdida de eficiencia, una disminución de la velocidad con que el sistema procesaba y resolvía, como si la presencia de Lira creara una zona de mayor viscosidad en el flujo de los procesos que el sistema necesitaba mantener en movimiento constante.

Los objetos no ocupaban una única posición estable: fluctuaban en un rango muy pequeño pero real, como si no hubieran terminado de decidirse entre dos configuraciones igualmente posibles. Las trayectorias no convergían en sus puntos previstos sino que llegaban a regiones de convergencia, zonas más que puntos, con una imprecisión que el sistema no sabía cómo clasificar porque sus categorías no incluían la imprecisión controlada. Las decisiones no encontraban cierre inmediato: se quedaban abiertas un momento más de lo que debían, un intervalo pequeño pero real durante el cual podían ser revisadas o abandonadas o modificadas de maneras que el ciclo anterior no había producido.

Los lirianos evitaban esas zonas. No por miedo, que habría requerido que pudieran articular lo que temían. Por incomodidad: la sensación de que en esas zonas el mundo requería más de ellos de lo que estaban dispuestos o eran capaces de dar, que el procesamiento normal de la experiencia allí se volvía esforzado de maneras que no podían justificarse.

—No pueden operar ahí —dijo Alaric.

—No están diseñados para eso —respondió Lira.

—¿Y tú?

Lira lo miró. En su expresión había algo que no era exactamente tristeza y que tampoco era exactamente aceptación. Algo entre las dos cosas, del tipo que aparece cuando se sabe algo con suficiente claridad como para que ya no duela saber.

—Yo tampoco.

Capítulo 33

El observador

La percepción dejó de ser única.

No de manera generalizada, no para todos los lirianos al mismo tiempo, sino en casos aislados que se volvían menos aislados a medida que los ciclos se acumulaban. Un mismo evento podía ser observado desde múltiples posiciones. No como interpretación —las diferentes interpretaciones de un evento único eran algo que el sistema había gestionado siempre, con sus protocolos de convergencia, de ponderación, de resolución de discrepancias. Esto era diferente.

Era condición. El evento existía en múltiples versiones simultáneamente, no porque diferentes observadores lo vieran diferente sino porque el evento mismo era diferente dependiendo de la posición desde la que se lo observaba, y todas las posiciones eran igualmente reales, y no había una versión maestra de la que todas las otras fueran derivaciones.

Alaric vio a un grupo avanzar.

Y también los vio caer.

No como predicción —la predicción es una versión del futuro que se anticipa desde el presente y que puede o no confirmarse. Esto era coexistencia: ambas cosas ocurrían en el mismo momento, en el mismo espacio, con el mismo peso de realidad, y lo que determinaba cuál de las dos se manifestaba dependía de algo que no era la elección de ningún individuo sino la posición del observador relativa a ambas.

Parpadeó. La escena se resolvió en una de sus versiones. El grupo avanzaba.

Pero algo había quedado. No en el mundo. En él: la sensación de que la versión que había desaparecido no lo había hecho completamente, de que seguía existiendo en algún lugar al que no tenía acceso pero que tampoco había dejado de existir solo porque él no pudiera verlo.

La realidad ya no se cerraba detrás de sí misma.

Capítulo 34

El archivo

El sistema subterráneo ya no respondía de forma estable.

Las inscripciones —esas variaciones en la composición de la materia que Lira había aprendido a leer como decisiones, como el registro de lo que el sistema había determinado que debía ocurrir— cambiaban. No en contenido: en estructura. Las frases se reorganizaban, no como si alguien las alterara desde fuera sino como si la materia misma hubiera encontrado razones para preferir otras configuraciones, para expresar lo mismo de maneras que producían sentidos ligeramente diferentes. Los símbolos intercambiaban función: aquello que había sido sujeto se volvía predicado, aquello que había sido acción se volvía resultado, de maneras que no anulaban el significado anterior pero que lo expandían hasta el punto en que sus bordes desaparecían.

El lenguaje no se fijaba.

Lira tocó la superficie con la misma palma con la que había tocado las inscripciones la primera vez. La respuesta fue diferente. No fue una secuencia, no fue la cadena de decisiones convergiendo hacia un punto de reinicio. Fue algo más difícil de categorizar.

Fue una pregunta.

No formulada en palabras —las palabras son una solución al problema de comunicar entre entidades separadas, y lo que el sistema subterráneo le devolvió a Lira no tenía esa distancia, no era comunicación entre dos cosas distintas sino algo más parecido a la resonancia entre dos cosas que comparten una frecuencia. Pero era, inequívocamente, una pregunta.

¿Qué debe conservarse?

Lira retiró la mano. No respondió. No porque no tuviera respuesta sino porque cualquier respuesta habría sido una forma de cerrar algo que necesitaba permanecer abierto, de fijar algo que su única virtud era precisamente no estar fijado.

Pero la pregunta persistió.

Siguió con ella cuando salió de la grieta, siguió con ella mientras caminaba por la ciudad, siguió con ella en la manera en que sus ojos procesaban el mundo que la rodeaba, buscando en cada cosa una señal de qué merecía ser conservado y qué podía perderse sin que se perdiera algo esencial.

Capítulo 35

Desplazamiento

Las ciudades comenzaron a comportarse de forma irregular.

No todo en ellas ni de manera continua: el mundo de Lira no se había vuelto caótico, que habría sido comprensible porque el caos tiene reglas aunque sean reglas de ausencia de reglas. Lo que ocurría era más sutil y más perturbador: las ciudades seguían funcionando, seguían siendo coherentes con su propia lógica, pero esa lógica había adquirido propiedades que no habían estado presentes en el diseño original.

Las calles que llevaban al centro comenzaban a alejarse de él en algún punto de su recorrido, de manera imperceptible al principio pero creciente si se persistía, como si el espacio urbano hubiera aprendido que el destino no era siempre el punto que el recorrido parecía indicar. Los accesos no garantizaban entrada: una puerta abierta podía ser un umbral hacia el espacio al que daba o podía ser el límite de otro espacio cuya relación con el primero era funcional pero no geográfica. Los interiores no coincidían con los exteriores: edificios que por fuera tenían cierta extensión contenían por dentro espacios cuyas dimensiones no podían ser deducidas de las externas.

Un liriano cruzaba una puerta y emergía.

No del mismo lugar.

De otra instancia del mismo lugar: un espacio que tenía todas las características del lugar que había cruzado —la misma disposición de superficies, la misma calidad de luz, el mismo comportamiento del suelo bajo los pies— pero que era un momento diferente de ese lugar, o una posibilidad diferente de ese lugar, o algo para lo que el lenguaje disponible no tenía la palabra exacta porque nunca había necesitado tenerla.

Capítulo 36

Superposición

Había zonas donde la realidad no elegía.

No eran inestables —la inestabilidad implica una condición de transición, algo que está entre un estado y otro y que tenderá eventualmente a resolverse en uno de los dos. Estas zonas no eran transicionales. Eran simultáneas: mantenían múltiples estados con la misma solidez, sin jerarquía entre ellos, sin ningún mecanismo visible que pudiera producir resolución.

Una estructura podía estar intacta y colapsada, no en diferentes momentos sino en el mismo momento, con la misma indiferencia hacia la contradicción que el sistema de Lira había demostrado siempre hacia los estados que caían fuera de sus categorías establecidas. Un objeto podía ser sólido y permeable: resistente a ciertos tipos de contacto y transparente a otros, dependiendo no de sus propiedades sino de la intención con que se lo abordara. Una presencia podía ser individual y colectiva: un solo cuerpo que era también la suma de múltiples versiones de sí mismo.

Entrar implicaba sostener todos esos estados a la vez, sin resolución, sin la posibilidad de elegir uno y descartar los otros.

Alaric lo intentó.

Durante un instante que no podría haber medido pero que sintió más largo que cualquier intervalo convencional, fue más de uno. Tomó decisiones incompatibles entre sí, decisiones que no podían coexistir en un único curso de acción, y las tomó todas simultáneamente. Sintió los resultados de cada una: todos reales, todos igualmente pesados, todos igualmente ciertos.

Salió.

No porque eligiera hacerlo. Porque una de sus versiones lo hizo —la que tenía en ese momento suficiente coherencia como para producir una dirección definida— y las otras versiones no resistieron esa resolución parcial, sino que se plegaron en torno a ella con la resignación de las posibilidades que no se actualizan.

Se quedó de pie al borde de la zona, con la respiración alterada y una sensación que no era exactamente miedo y no era exactamente asombro sino algo que contenía elementos de ambos y que aún no tenía nombre.

Capítulo 37

Lenguaje

Las palabras dejaron de ser suficientes.

No desaparecieron —el lenguaje no es el tipo de sistema que desaparece de golpe porque forma parte de los sistemas más profundos y más resistentes de los que dispone una civilización para organizar su experiencia. Pero se expandieron de una manera que las hacía menos manejables, menos capaces de producir el efecto de claridad y cierre que es su función principal.

Un término contenía múltiples significados simultáneos, no como la ambigüedad ordinaria que se resuelve mediante el contexto, sino como capas que permanecían activas al mismo tiempo, que no se excluían sino que se superponían, que hacían que usar esa palabra fuera invocar al mismo tiempo todas las cosas que la palabra era y que a veces eran incompatibles entre sí. Las frases no cerraban: llegaban al final y lo que producían no era una proposición completa sino un campo de significado, una región más que un punto, una apertura más que una conclusión.

Las preguntas no apuntaban: señalaban en múltiples direcciones a la vez, de modo que responderlas requería elegir cuál de sus direcciones tomar, y elegir una era siempre ignorar las otras.

Lira hablaba menos.

No por cautela —la cautela implica el cálculo de un riesgo y la elección de una estrategia para reducirlo. Sino por precisión: había descubierto que las palabras que usaba, cuando las usaba con cuidado, podían aún hacer lo que el lenguaje estaba diseñado para hacer, pero que requerían más selección, más atención a la diferencia entre lo que una palabra puede cargar y lo que necesita cargar en un momento específico.

Hablaba menos.

Y cuando hablaba, pesaba más.

Capítulo 38

Identidad

Los nombres dejaron de fijar.

En el mundo anterior a la deriva, los nombres habían sido anclas: la manera en que el sistema registraba la continuidad de un individuo a través del tiempo, el punto de referencia que permitía que las acciones de una persona en un momento pudieran ser relacionadas con las acciones de la misma persona en otro momento. Un nombre era una afirmación: *esto que fue entonces y esto que es ahora son lo mismo*.

Esa afirmación ya no era tan estable como había sido.

Un mismo nombre podía referirse a varios individuos sin error, sin confusión, con la naturalidad de algo que simplemente ha dejado de ser exclusivo. Un individuo podía responder a varios nombres sin contradicción, sin el tipo de inconsistencia que antes habría requerido corrección. La mismidad que el nombre garantizaba se había vuelto porosa: seguía siendo real, pero real de una manera más compleja, más articulada, menos absoluta.

Alaric encontró registros donde él aparecía en posiciones incompatibles, tomando decisiones que no podían haber sido tomadas por el mismo individuo en el mismo momento, existiendo en lugares que excluían su existencia simultánea en los otros. No como error en los registros —el sistema de Lira no cometía ese tipo de errores mecánicos. Como posibilidad no resuelta: la documentación de lo que podría haber sido Alaric si la cadena de decisiones que lo había producido hubiera tomado en algún punto una dirección diferente.

—Esto nos desarma —dijo.

Lo dijo como alguien que constata algo que preferiría no haber constatado, con la voz de quien ha comprendido que lo que acaba de decir no puede ser desdicho.

—Nos desdefine —respondió Lira. Y en la corrección había algo que no era crueldad sino exactitud: que *desarmar* implica quitarle a alguien lo que usa para defenderse, lo que supone que el sujeto permanece aunque haya perdido sus herramientas. *Desdefine* era diferente. Tocaba el sujeto mismo.

Capítulo 39

Compensación

El sistema intentó intervenir.

Con la sistematicidad de algo que ha intervenido muchas veces y que sabe que puede volver a hacerlo, que confía en sus propios mecanismos con la confianza que proviene no de la comprensión sino de la repetición, el sistema desplegó sus procedimientos de corrección. Aisló zonas: declaró algunas regiones del mundo fuera del acceso general, las cerró a la circulación ordinaria de lirianos y eventos mientras sus procesos de ajuste trabajaban en ellas. Redistribuyó variables: transfirió la carga de desviación de los puntos más comprometidos a puntos con mayor capacidad de absorción, suavizando los picos a costa de extender el efecto. Ajustó secuencias: modificó la duración relativa de los ciclos de Elys y Theros, de Selene y Nyx, intentando encontrar una configuración que produjera el nivel de estabilidad que sus parámetros requerían.

Pero cada corrección generaba nuevas desviaciones.

No porque el sistema fuera ineficiente —era exactamente tan eficiente como siempre había sido. Sino porque el tipo de problema que enfrentaba había cambiado de naturaleza. Había sido diseñado para corregir desviaciones que existían en el mismo espacio conceptual que el sistema mismo: variaciones dentro del marco de sus categorías, excesos y defectos de propiedades que reconocía. Pero lo que ahora se expandía en Lira incluía desviaciones que no estaban en ese marco, que no eran variaciones de propiedades conocidas sino propiedades nuevas para las que el sistema no tenía nombre y para las que, por lo tanto, no tenía corrección.

El equilibrio ya no era alcanzable.

Solo pospuesto. Y la diferencia entre alcanzar algo y posponerlo indefinidamente es, a largo plazo, la diferencia entre resolución y agotamiento.

Capítulo 40

Intersección

Hubo un punto donde múltiples trayectorias convergían.

No geográficamente —el espacio que las producía no era un lugar en el sentido de un punto con coordenadas que lo distinguieran de todos los demás puntos. Era una condición: un estado del mundo en el que cierta densidad de procesos se cruzaban, en el que lo que ocurría en un lugar tenía consecuencias en otro lugar antes de que hubiera tenido tiempo de ocurrir del todo, en el que las cadenas de causalidad se entrelazaban de maneras que hacían imposible decir cuál era el principio y cuál el fin.

Conversaciones iniciadas en un lugar se completaban en otro: las primeras palabras se decían aquí, las últimas aparecían allá, y el sentido emergía de la reunión de los fragmentos solo si se sabía que eran partes de lo mismo, lo cual era imposible saberlo sin información sobre la totalidad que nadie tenía. Decisiones afectaban a quienes aún no las habían tomado, como si el hecho de que una decisión fuera tomada en algún punto de la red fuera suficiente para alterar las condiciones en las que otras decisiones serían tomadas, incluso las anteriores en el tiempo. Causas y efectos perdían el orden que les había dado coherencia.

Alaric caminaba dentro de esa zona con dificultad. Cada paso implicaba múltiples resultados que no se cancelaban entre sí sino que persistían simultáneamente, ninguno predominando, ninguno siendo más real que los otros, todos igualmente exigentes de ser tenidos en cuenta.

—Esto no se sostiene —dijo.

—No como sistema —respondió Lira. Con la precisión de quien sabe que la distinción importa. Que no se sostenía *como sistema* no significaba que no se sostuviera de ninguna manera. Significaba que requería otra estructura para sostenerse —una que no se había establecido todavía, para la que quizás no había modelo, que tendría que ser encontrada o creada o simplemente permitida.

Capítulo 41

Lira

Lira comprendió.

No con el tipo de comprensión que llega como iluminación repentina, como la pieza que de pronto encaja y hace que el rompecabezas tenga sentido. Con el tipo que llega como reconocimiento gradual: la acumulación de observaciones que van adquiriendo coherencia, la emergencia de un patrón que no puede ser ignorado una vez que ha comenzado a verse.

No era una anomalía aislada. Había asumido, al principio, que era: que algo en su configuración específica, en la manera en que había procesado la información, en los eventos que había experimentado, la había vuelto diferente de una manera que era accidental, que podría haber sido diferente si las circunstancias hubieran sido otras. Pero las circunstancias habrían tenido que ser muy otras. Y el sistema llevaba demasiado tiempo produciéndola exactamente así como para que su existencia fuera accidental.

Era un proceso. El estado en que se encontraba Lira —este mundo, esta civilización— no era el resultado de un error sino de una trayectoria, una dirección que el sistema había tomado o que había sido tomada a través del sistema, y cuyo resultado final era precisamente esto: la condición en que nada podía ser exactamente lo que había sido porque el sistema que garantizaba que las cosas fueran lo que habían sido había alcanzado un punto en que esa garantía costaba más de lo que el sistema podía pagar.

—No es colapso —dijo.

Alaric la observó. En su voz había algo que no era exactamente tranquilidad —la situación no admitía tranquilidad. Era la quietud específica de quien ha dejado de resistir no por rendición sino por comprensión de que la resistencia estaba dirigida en la dirección equivocada.

—¿Entonces qué?

Lira sostuvo su mirada. Y en ese instante, en la pausa antes de que dijera lo que tenía que decir, algo en ella cambió de una manera que Alaric reconoció porque era el mismo cambio que él había sentido en el campo vacío donde el sistema dejaba de operar.

—Otra forma.

Capítulo 42

El cielo

El cielo cambió.

No en apariencia —los cuerpos celestes que los lirianos llamaban por sus nombres seguían siendo visibles, seguían produciendo luz y sombra, seguían teniendo presencia. El cambio era en comportamiento: en la relación entre lo que el cielo era y lo que el cielo hacía, en la manera en que su configuración afectaba al mundo que existía bajo él.

Elys y Theros dejaron de alternarse. Su ritmo de ciclo —el que había estructurado el tiempo de Lira desde antes de que los registros más antiguos comenzaran, el que hacía que la incertidumbre y la certeza tuvieran cada una su momento, su duración, su proporción relativa— se fragmentó. No desapareció: ambos soles seguían siendo visibles, seguían ejerciendo sus influencias características. Pero lo hacían de manera simultánea, sin la separación que había hecho que sus efectos fueran complementarios. Zonas de incertidumbre y zonas de fijación coexistían sin la lógica espacial que antes las había organizado.

Selene y Nyx dejaron de oponerse. La memoria y el olvido coexistían: los lirianos sabían algo — con la claridad de los recuerdos específicos, de las experiencias con textura y nombre— y simultáneamente no podían acceder a eso que sabían, como si el saber y el acceder al saber hubieran dejado de ser la misma operación. Olvidaban algo —lo perdían del alcance de la recuperación consciente— y seguía operando, seguía influyendo en sus decisiones y percepciones, como si el olvido hubiera dejado de ser el límite de lo que podía actuar sobre el mundo.

El tiempo dejó de organizar.

La experiencia comenzó a hacerlo.

Y la experiencia no tenía el tipo de consistencia que el tiempo había garantizado.

Capítulo 43

Alaric

Alaric ya no podía ubicarse.

No en espacio —en sí mismo. La ubicación espacial era una función del cuerpo, y el cuerpo seguía siendo localizable, seguía ocupando un punto, seguía teniendo las propiedades que lo hacían identificable. Pero ubicarse en sí mismo era diferente: era la operación por la cual uno se convierte en referencia para la interpretación de lo que ocurre, en el punto desde el que se mide la distancia a todas las cosas, en el sujeto respecto al cual el mundo se organiza en primer y segundo plano, en interior y exterior.

Esa operación ya no producía un resultado estable.

Sus decisiones no seguían una línea. No como incoherencia —la incoherencia tiene al menos la consistencia de ser siempre incoherente. Sino como multiplicidad: había varias direcciones disponibles y en ciertos momentos tomaba una y en otros tomaba otra y no había un principio que hiciera que unas fueran más suyas que las otras, más expresivas de algo central que las reuniera.

Sus recuerdos no formaban secuencia. Existían como un campo, como una distribución, como una constelación en la que ningún punto era el principio y ninguno el final y en la que el orden dependía de dónde se mirara.

Pero no se deshacía.

Persistía. De otra forma: no como la coherencia de algo que se mantiene porque sus partes están firmemente unidas entre sí, sino como la coherencia de algo que se mantiene porque sigue ocurriendo, porque sigue siendo el lugar donde ciertas cosas pasan y no donde otras pasan.

—Esto no soy yo —dijo.

—Nunca lo fuiste —respondió Lira. Sin crueldad. Con la gentileza específica de quien dice algo que duele porque es verdad y que decirlo es lo único honesto que puede hacerse.

Capítulo 44

La pregunta

El sistema formuló algo.

No como mensaje —no había un canal desde el sistema hacia los lirianos individuales por el que pudiera transmitirse una formulación. No como instrucción —las instrucciones tienen la forma de mandatos, de señales que indican una dirección y esperan que esa dirección sea seguida. Lo que el sistema formuló no tenía ninguna de esas formas. Era una condición distribuida: algo que se manifestaba en el comportamiento de todos los elementos del sistema simultáneamente, de la misma manera en que una temperatura es una condición del sistema y no de ningún elemento individual.

Una pregunta sin emisor.

¿Debe continuar la coherencia?

No exigía respuesta. No dependía de ella: una pregunta formulada por el sistema al sistema no requería que nadie respondiera, porque no había nadie afuera del sistema a quien la pregunta pudiera dirigirse. Existía como condición, como el peso que una masa ejerce sobre el espacio que la rodea sin que nadie tenga que decidir que lo haga.

Pero todo comenzaba a inclinarse.

Cada acción se realizaba en el contexto de esa pregunta, cada percepción estaba coloreada por ella, cada decisión encontraba que la pregunta era el trasfondo sobre el que cualquier opción adquiriría sentido. Inclinarse hacia la coherencia o alejarse de ella: esas eran las únicas dos posiciones disponibles, y lo que hacía que la pregunta fuera verdaderamente perturbadora era que no había respuesta correcta, que ambas posibilidades implicaban pérdidas que el sistema no había calculado porque no había previsto que la pregunta fuera formulable.

Capítulo 45

Umbral

Lira se detuvo.

No porque hubiera llegado a algún lugar. Porque había llegado a un límite: no físico, no conceptual, sino el tipo de límite que existe entre lo que puede ser pensado con las herramientas disponibles y lo que requiere herramientas que aún no existen, entre lo que puede ser navegado con los mapas que se tienen y lo que exige moverse sin mapa o con un mapa completamente diferente.

—Lo que viene —dijo— no se puede entender desde lo que fuimos.

Alaric la observó. Buscó en esas palabras la señal de si eran advertencia o descripción, si lo que Lira decía era *ten cuidado* o simplemente *esto es lo que es*.

—¿Y desde qué se entiende?

Lira sostuvo su mirada. Por primera vez desde que se conocían —desde que habían coincidido, la primera vez, en el espacio donde el sistema había vacilado— no había en su expresión el rastro de una respuesta preparada, de un conocimiento que estaba siendo comunicado de manera estratégica. Había simplemente la ausencia de certeza, con toda su honestidad y todo su peso.

—No lo sé.

El mundo no colapsó.

No se resolvió.

Solo dejó de garantizar que lo haría de una forma reconocible.

Y eso, descubrió Alaric —más que la guerra, más que la deriva, más que cualquier cosa que el sistema hubiera hecho o dejado de hacer— era lo que significaba estar al borde de algo verdaderamente nuevo: que la garantía desapareciera, y que sin ella todavía hubiera razón para continuar.

PARTE IV

LA DERIVA DE LO REAL

Cuando la realidad pierde su eje no colapsa. Simplemente deja de pedir permiso para ser más de una cosa.

Capítulo 46

Desfase

No hubo ruptura.

Hubo desalineación: el tipo de falla que no se produce en el momento en que algo se rompe sino en el proceso gradual por el que dos cosas que debían corresponderse entre sí dejan de corresponderse, el deslizamiento imperceptible que se acumula hasta que la distancia entre ellas ya no puede ignorarse aunque ningún momento individual pueda señalarse como el momento en que comenzó.

Las cosas dejaron de coincidir consigo mismas.

Las sombras no seguían a los cuerpos con la exactitud matemática que el sistema de Theros había garantizado: llegaban con un retraso de fracciones de segundo que eran perceptibles solo si se prestaba atención específica, solo si se sabía que debería haber coincidencia perfecta y se buscaba la grieta entre lo que era y lo que debería ser. Los sonidos llegaban antes o después de su origen: el golpe de algo contra el suelo llegaba al oído antes de que el ojo viera la caída, o la voz pronunciaba la última sílaba de una frase antes de que la primera hubiera terminado de llegar. Las distancias variaban sin desplazamiento: el mismo trayecto recorrido dos veces podía producir duraciones diferentes sin que nada visible justificara la diferencia.

Caminar dejó de ser continuo.

Un paso podía acortar el trayecto —no como atajo sino como compresión del espacio mismo, como si el mundo hubiera decidido que la distancia entre dos puntos podía ser más corta de lo que la geometría sugería. Otro paso podía expandirlo: añadir metros que no estaban allí al principio del paso y que aparecían en el transcurso de él.

Alaric avanzaba con la cuidadosa deliberación de quien ha aprendido que el suelo puede ser diferente a lo que parece, con la atención distribuida de quien no puede confiar en ningún sentido individual sino que debe triangular entre todos ellos.

No por peligro.

Por ausencia de referencia. Porque sin referencia, cualquier movimiento era potencialmente el movimiento equivocado, y con referencia era potencialmente el correcto, y la diferencia entre estar perdido y estar orientado era solo la diferencia entre tener o no tener algo desde lo que medir la distancia a todo lo demás.

Capítulo 47

La ciudad

Una de las ciudades principales dejó de tener orientación.

No giraba —la rotación habría sido predecible, habría tenido un centro y una velocidad y una dirección que habrían permitido adaptarse, que habrían convertido la desorientación en un problema con solución. Se reorganizaba: con la lógica parcial de algo que sigue obedeciendo a principios propios pero que ha cambiado qué principios son esos, que sigue siendo coherente con una versión de sí mismo que ya no es la versión que los lirianos habían aprendido a habitar.

Las calles que llevaban al centro comenzaban correctamente —reconocibles, familiares en su disposición, verificables contra el recuerdo de haberlas recorrido antes— y en algún punto de su extensión comenzaban a alejarse de él sin señal visible, sin que el suelo cambiara de textura ni el ángulo de las fachadas indicara ningún giro. El alejamiento era suave, casi afectuoso, como si el espacio le hubiera tomado cariño al caminante y quisiera prolongar el recorrido.

Los interiores no coincidían con los exteriores.

Lira recorrió una de esas calles de la ciudad. Se detuvo frente a una puerta que reconocía —la había cruzado antes, en el lado que corresponde, en la dirección que permite entrar. La abrió. Y salió.

No del otro lado de la puerta.

De la ciudad.

Como si la puerta hubiera dejado de ser un umbral entre el interior y el exterior de un edificio para ser un umbral entre el interior y el exterior de todo lo que la contenía. Como si la ciudad, en alguna de sus capas, fuera ahora una habitación de algo más grande.

Lira se quedó de pie en el exterior. Miró hacia atrás. La puerta seguía allí, en la superficie del edificio, en la calle de la ciudad que podía ver desde donde estaba. Y algo en la manera en que existía —la manera en que ocupaba el espacio, la manera en que la luz la trataba— era diferente a lo que había sido antes de cruzarla.

No podía decir qué.

Pero lo sabía.

Capítulo 48

Multiplicidad

Alaric comenzó a encontrarse.

No como reflejo —los reflejos son imágenes, superficies donde la apariencia se devuelve invertida pero donde la sustancia permanece a salvo detrás del vidrio. Esto era diferente. Eran variaciones: versiones de sí mismo que ocupaban el mismo espacio pero en momentos que no coincidían del todo, que habían tomado decisiones distintas en algún punto del pasado y que habían llegado al mismo lugar por caminos diferentes que los habían hecho llegar siendo ligeramente diferentes.

En una intersección, otra versión suya tomaba una decisión que él ya había tomado pero la tomaba de manera diferente —con hesitación donde él había actuado con certeza, con certeza donde él había hesitado. En otra, dudaba ante algo que él no había considerado problemático, mirándolo con una atención que sugería que en la cadena de experiencias que había producido a esa versión había algo que hacía que ese algo mereciera más consideración de la que él le había dado. En otra, ya había llegado a una conclusión que él no había alcanzado todavía, que podía ver en su postura, en la manera en que ocupaba el espacio, en el tipo de atención que prestaba a las cosas.

No se tocaban. No interactuaban de ninguna manera que pudiera observarse desde fuera.

Pero coexistían.

—¿Cuál soy? —preguntó.

La pregunta no encontró dirección: no había nadie a quien pudiera dirigirse con plena propiedad porque todas las versiones presentes podían reclamarla con igual legitimidad, y el hecho de que él la hubiera formulado no le daba ninguna prioridad especial, porque formular una pregunta no es lo mismo que tener derecho a la respuesta.

La pregunta se replicó.

Cada versión la formuló en el mismo momento, con las mismas palabras o con palabras ligeramente diferentes, como variaciones de un tema que tenía en todas sus versiones el mismo centro irreducible.

Capítulo 49

Tiempo

El tiempo dejó de avanzar.

Se reorganizó.

La distinción era crucial y al mismo tiempo casi imposible de articular para cualquiera que hubiera crecido en un mundo donde el tiempo era simplemente el avance —la sucesión de lo que viene después de lo que ha sido, la flecha que va del pasado al futuro y que no tiene reverso. En Lira, esa sucesión había sido el andamiaje sobre el que todo lo demás se construía: la memoria era posible porque el pasado venía antes, la anticipación era posible porque el futuro venía después, la identidad era posible porque el mismo ser existía en ambos.

Ahora el tiempo no avanzaba. Se reorganizaba: encontraba nuevas configuraciones de lo que precedía y lo que seguía, de lo que era causa y lo que era consecuencia, de lo que había ocurrido y lo que podría ocurrir. Eventos futuros aparecían en la percepción antes de ocurrir, no como premoniciones —que habrían mantenido la distinción entre el ver y el ocurrir— sino como ocurrencias previas, como si el evento ya hubiera pasado aunque todavía no hubiera pasado. Consecuencias precedían a sus causas: el efecto se manifestaba antes de que la acción que lo produciría fuera tomada, y en ese intervalo entre el efecto y su causa la relación entre los dos se volvía elegible, podía ser cuestionada, podía ser interrumpida.

Lira no intentaba ordenar.

—No está roto —dijo.

—¿Entonces qué?

—No necesita una sola dirección.

Y eso era, Alaric comprendió, exactamente tan aterrador como parecía: porque un tiempo que no necesitaba una sola dirección era un tiempo en el que el pasado no era irrevocable y el futuro no era condicional y el presente no era el único lugar donde las decisiones podían tomarse.

Un tiempo así ofrecía una libertad que era también la pérdida de todos los límites que la libertad necesita para que sus elecciones tengan peso.

Capítulo 50

Incompatibilidad

No todos podían sostener la deriva.

La mayoría de los lirianos carecía de los recursos —no físicos, no cognitivos, sino de otra clase más difícil de nombrar, recursos de apertura, de tolerancia a la contradicción, de capacidad para seguir siendo algo sin necesitar que ese algo sea siempre lo mismo— que la nueva condición del mundo exigía. No era culpa: era configuración, el resultado de haber sido producidos por un sistema que los había optimizado para la coherencia, que había recompensado siempre la consistencia y penalizado la variabilidad.

Algunos intentaban reconstruir secuencias donde ya no había secuencias posibles. Repetían acciones que antes habían producido ciertos resultados, con la esperanza de que la repetición suficiente pudiera restaurar la relación entre acción y resultado que la deriva había disuelto. Forzaban decisiones en contextos donde la decisión ya no era el tipo de intervención que el mundo respondía. Buscaban continuidad donde la continuidad era exactamente lo que había dejado de ser garantizable.

Sus cuerpos persistían.

Sus procesos no: quedaban atrapados en ciclos breves, ejecutando la misma secuencia de operaciones una y otra vez sin que ninguna de ellas llegara a su conclusión, sin que el ciclo se cerrara ni se abriera en algo diferente. Reiniciaban sin cierre: al final de cada repetición, en lugar de un resultado, encontraban el principio de la siguiente repetición, de la misma repetición, con la misma esperanza de que esta vez fuera diferente y con la misma certeza, al fondo, de que no lo sería.

No desaparecían.

Quedaban inaccesibles: presentes en el espacio, visibles para quien supiera mirar en la dirección correcta, pero separados del resto por la distancia insalvable de procesar el mundo de una manera que el mundo ya no sostenía.

Capítulo 51

Zonas

Había regiones donde la realidad no elegía forma.

No eran vacíos —el vacío es una forma de presencia que se define por lo que le falta, y esas regiones no le faltaba nada sino que tenían demasiado, más de lo que cualquier sistema de selección podía resolver. Eran superposiciones: el lugar donde múltiples estados posibles de la realidad se mantenían simultáneamente en la misma proporción, sin que ninguno tuviera más peso que los otros, sin ningún principio que estableciera jerarquía entre ellos.

Entrar implicaba sostener todos esos estados.

Sin resolución —la resolución habría significado elegir uno y el precio de elegirlo habría sido volver inaccesibles los otros, y en las zonas de superposición ese precio no era pagable porque el precio era exactamente lo que había en las zonas que tenía valor. Sin la posibilidad de elegir uno y descartar los otros, porque elegir requiere un sujeto con prioridades, y el sujeto que entraba en esas zonas era el mismo sujeto que las zonas cuestionaban.

Alaric lo intentó por segunda vez.

Con más conocimiento de lo que iba a encontrar, con menos ilusión sobre lo que sería capaz de sostener, con la disposición específica de quien ha decidido hacer algo difícil no porque sea seguro sino porque es necesario, aunque no pudiera haber explicado exactamente a qué necesidad respondía.

Durante un instante, fue varios.

Sintió todos los resultados a la vez, con la misma claridad con que normalmente sentía uno. Tomó decisiones incompatibles y las tomó todas de manera igualmente determinada. Fue coherente en múltiples maneras que no podían serlo al mismo tiempo.

Salió.

No por decisión única, sino por resolución parcial: una de sus versiones encontró suficiente coherencia interna para producir una dirección y las otras se plegaron en torno a esa dirección sin resignación, con algo más parecido al reconocimiento de que la coherencia parcial era todo lo que el momento podía ofrecer.

Capítulo 52

Lenguaje

Las palabras dejaron de fijar.

No desaparecieron —el lenguaje es uno de los sistemas más resilientes que cualquier civilización produce, porque está tan profundamente integrado en la experiencia de ser un sujeto que su ausencia no sería simplemente la pérdida de una herramienta sino la pérdida de la estructura que hace al sujeto reconocible para sí mismo.

Se volvieron insuficientes en el sentido específico de las herramientas que son correctas para el problema que estaban diseñadas para resolver pero que no son correctas para el problema que ahora debe resolverse. Un término contenía múltiples significados que el contexto ya no podía resolver porque el contexto era exactamente la fuente del problema: el contexto había dejado de ser estable, de modo que la misma palabra dicha en el mismo contexto podía significar varias cosas igualmente legítimas sin que hubiera manera de determinar cuál de ellas era la que el hablante había intentado comunicar. Una frase no cerraba porque su cierre dependía del estado del mundo en el que se la enunciaba, y el estado del mundo ya no era unívoco.

Lira hablaba poco.

Cuando lo hacía, no explicaba: explicar habría requerido construir una cadena de relaciones entre términos que asumiera que los términos tenían sentidos fijos, que una cosa llevaba a la otra de manera predecible, que el resultado de la cadena era la comprensión. Pero esa cadena ya no podía construirse.

Indicaba.

Señalaba en una dirección y confiaba en que quien mirara en esa dirección encontraría lo que ella había encontrado, aunque lo que encontrara fuera diferente de lo que ella había encontrado porque era el mismo mundo visto desde otro punto.

Capítulo 53

Los soles

Elys y Theros dejaron de alternar.

Sus luces se superponían en el mismo espacio al mismo tiempo: no como suma —si se hubieran sumado habrían producido un tipo de iluminación cualitativamente diferente pero todavía coherente, todavía una sola luz con propiedades determinadas por la combinación de sus fuentes. Se superponían como interferencia: la incertidumbre de Elys y la certeza de Theros actuaban simultáneamente sobre la misma materia, produciendo en ella un estado en que ninguna de las dos condiciones prevalecía pero tampoco desaparecía.

La materia no sabía qué comportamiento adoptar.

Las zonas que bajo la alternancia regular habían sido estables —fijadas por Theros, claras en su forma y en su masa— se volvían inciertas: cedían levemente en sus contornos, vacilaban en su peso específico, perdían la consistencia que Theros les había garantizado. Las zonas que habían sido inciertas —disueltas por Elys en posibilidades múltiples— se fijaban de maneras inesperadas: adquirían una solidez que su naturaleza habitual no admitía, se comprometían con formas que Elys habría mantenido siempre abiertas.

La contradicción no se resolvía.

Se sostenía. Con la tenacidad de algo que no resiste sino que simplemente existe en el estado en que se encuentra, que no necesita resolverse porque su existencia no depende de ninguna resolución.

Capítulo 54

Las lunas

Selene y Nyx dejaron de oponerse.

La memoria y el olvido habían sido siempre, en Lira, las dos fuerzas complementarias que hacían que el tiempo tuviera sentido: Selene dando peso a lo que había sido, Nyx aligerando ese peso hasta hacerlo manejable, las dos juntas produciendo el ciclo de recordar y olvidar que permitía que la experiencia se acumulara sin aplastar.

Ahora coexistían.

Los lirianos sabían algo —con la especificidad del recuerdo, con la textura del tiempo en que ocurrió, con el nombre de quien estaba presente y el peso de lo que significó— y no podían acceder a eso que sabían. El saber y el acceso al saber se habían separado: la información estaba allí, en algún nivel de su sistema, influenciando sus percepciones y sus decisiones de maneras que podían detectarse pero no rastrearse, y al mismo tiempo no estaba disponible para la recuperación consciente que hace que saber algo sea útil de las maneras ordinarias.

Olvidaban algo —lo perdían de la recuperación consciente, lo perdían de la cadena de experiencias accesibles— y seguía operando: seguía siendo parte de lo que eran, seguía dando forma a sus respuestas al mundo, seguía existiendo en el nivel donde la experiencia actúa antes de ser pensada.

La mente dejó de ser secuencial.

Se volvió estratificada: múltiples niveles operando simultáneamente, con acceso entre ellos que no era continuo ni garantizado sino selectivo de maneras que ningún individuo podía controlar del todo, que respondían a condiciones que el mundo imponía más que a decisiones que el sujeto tomaba.

Capítulo 55

Lira

Lira no intensificaba la deriva.

La estabilizaba en su inestabilidad. Que era diferente de estabilizarla en la estabilidad — estabilizarla en la estabilidad habría significado devolverla al estado anterior, cerrar lo que se había abierto, restaurar el sistema a la condición en que había funcionado antes. Estabilizarla en su inestabilidad significaba otra cosa: mantener las condiciones para que la apertura siguiera siendo apertura, para que lo que se había vuelto múltiple no colapsara de nuevo en uno solo, para que el proceso que había comenzado pudiera continuar siendo proceso en lugar de interrumpirse antes de haber llegado a lo que podía llegar.

Donde ella estaba, la realidad no colapsaba.

Se mantenía abierta. Con la especificidad de lo que se mantiene abierto de manera activa, con esfuerzo, contra la tendencia de los sistemas a cerrarse porque el cierre es siempre más económico que la apertura, siempre requiere menos de los recursos que un sistema necesita para sostenerse.

—No lo estás destruyendo —dijo Alaric. Lo dijo no como acusación ni como absolución sino como observación de algo que había tardado demasiado en articular.

—No.

—¿Entonces qué haces?

Lira lo observó. Buscó en la pregunta si era genuina —si Alaric realmente no lo sabía o si lo sabía y necesitaba oírlo dicho, que son dos cosas muy diferentes aunque produzcan la misma pregunta.

—Evito que se cierre.

Y en esas cuatro palabras estaba todo lo que había decidido —no en el momento en que lo dijo sino en algún momento anterior, más silencioso, que había determinado el tipo de presencia que sería en este mundo.

Capítulo 56

El sistema

El sistema persistía.

No como control —el control había requerido que la relación entre el sistema y el mundo fuera de determinación unidireccional, que el sistema fijara los parámetros y el mundo los ejecutara, que el estado del mundo en cualquier momento fuera función del estado del sistema en ese mismo momento. Esa relación ya no podía sostenerse: el mundo había adquirido propiedades que no estaban en los parámetros del sistema, y sin la capacidad de determinar esas propiedades el sistema no podía determinar el mundo.

Persistía como impulso: la fuerza residual de algo que ha sido durante tanto tiempo la estructura de todo lo que existe que su simple inercia es suficiente para que siga haciendo algo, aunque lo que haga ya no sea lo que fue diseñado para hacer.

Generaba zonas de coherencia: regiones donde podía mantener la relación entre sus parámetros y el estado del mundo, donde la complejidad no había superado su capacidad de procesamiento.

Reestablecía secuencias locales: reconstruía trayectorias, no en la red completa donde ya no podía sino en fragmentos, en circuitos pequeños que podía sostener aisladamente. Aislaba lo que no podía integrar: separaba de la circulación general los elementos que no respondían a sus protocolos, los encerraba en zonas que podía ignorar sin que eso comprometiera lo que podía todavía sostener.

Pero cada intervención era parcial. Cada ajuste era insuficiente en el sentido de que no producía el resultado que habría producido antes. No desaparecía.

Se volvía secundario.

Y la diferencia entre ser la estructura de todo y ser una estructura entre otras era, para el sistema, la diferencia entre existir y ser un elemento de algo que lo superaba.

Capítulo 57

Convergencia

Hubo un punto donde múltiples trayectorias intentaron resolverse.

Eventos distintos —procesos que habían comenzado en lugares y momentos diferentes, que habían seguido líneas aparentemente independientes— convergían en el mismo punto de la red. No como coincidencia: como necesidad, la misma necesidad que hace que los ríos bajen hacia el mar, que hace que los sistemas bajo presión encuentren las vías de menor resistencia. Algo en la configuración del mundo en ese momento hacía que esas trayectorias divergentes llegaran todas al mismo lugar.

Decisiones incompatibles buscaban unificarse: decisiones tomadas en marcos diferentes, que asumían condiciones diferentes, que habían producido resultados diferentes, intentaban ser reconciliadas en un marco único que pudiera sostenerlas todas. El intento no podía producir síntesis —la síntesis requiere que las cosas que se sintetizan tengan suficiente en común como para que la unión no destruya lo específico de cada una. Lo que convergía aquí no tenía eso.

Identidades divergentes se superponían en el mismo espacio: diferentes versiones de lo que algo podía ser, queriendo ser en el mismo lugar.

El resultado no fue síntesis.

Fue saturación: el estado en que un sistema ha recibido más de lo que puede procesar y no puede producir ningún output porque cualquier output parcial excluiría algo que no puede excluirse.

El punto no colapsó —el colapso habría requerido que hubiera algo que caer, alguna estructura cuya falla pudiera ser nombrada. Se volvió inaccesible: presente, continuo, real en todos los sentidos en que el mundo de Lira seguía siendo real, pero separado del resto por su propia saturación, incapaz de conectarse con lo que lo rodeaba porque la conexión requería dirección y la dirección requería que algo prevaleciera sobre otras cosas.

Capítulo 58

Alaric

Alaric dejó de tener centro.

No hubo una versión dominante entre las múltiples versiones que coexistían en el espacio que ocupaba: ninguna tomó el control, ninguna se impuso sobre las otras con suficiente peso como para que las demás cedieran. Sus decisiones no se organizaban en una línea —no había un sujeto único que tomara una decisión y luego la siguiente y luego la siguiente, construyendo con esa cadena algo que pudiera llamarse historia personal. Había múltiples cadenas operando simultáneamente, produciéndose unas a otras consecuencias que no siempre eran compatibles.

Pero tampoco se disolvían.

Persistían. Distribuidas: no en un punto sino en un campo, no en un momento sino en varios, no en una identidad sino en las relaciones entre múltiples identidades que eran todas versiones de algo que no tenía nombre propio pero que podía señalarse desde afuera.

—Esto no soy yo —dijo.

No como protesta. Como verificación.

Lira lo miró. Con la atención de quien ha esperado que se dijera algo porque sabe que decirlo es el primer paso hacia algo que no puede ocurrir sin ese paso.

—Nunca fuiste uno.

Capítulo 59

Persistencia

En medio de la deriva, algo permanecía.

No como estructura: la estructura habitual de Alaric —la identidad unificada, la historia personal continua, el sistema de preferencias y capacidades que hacían que fuera reconociblemente él y no otra cosa— había dejado de ser el tipo de cosa que podía permanecer, había cedido a la presión de lo que el mundo se había vuelto.

Permanecía como condición. Como el tipo de hecho que no depende de ninguna estructura específica para ser real, que puede persistir a través de configuraciones muy diferentes, que está en cierto sentido más debajo de las estructuras que dentro de ellas.

La posibilidad de decidir.

No entre opciones claras —las opciones habían perdido la claridad que las hace elegibles de manera racional, habían perdido los contornos definidos que permiten comparar. Sino como inclinación dentro de lo múltiple: la capacidad de que algo en él se orientara en una dirección en lugar de en otra, de que lo que fuera que quedaba de él después de la deriva tuviera todavía algo parecido a una preferencia, algo parecido a una voluntad, aunque esa voluntad ya no tuviera el nombre ni la forma que había tenido antes.

No era estable. No era garantizada. No era el tipo de cosa que podía confiarse que siempre estaría disponible cuando se la necesitara.

Pero existía.

Y eso, descubrió —lentamente, con la reluctancia de quien acepta algo que habría preferido no necesitar aceptar— era suficiente.

Capítulo 60

Antes del límite

El cielo no orientaba.

El suelo no fijaba.

La memoria no ordenaba.

La identidad no unificaba.

Y sin embargo el mundo seguía ocurriendo: no como uno, no con la consistencia de algo que existe en una sola versión a la que todas las percepciones puedan compararse para verificar su exactitud, sino como muchos, como un campo de versiones simultáneas que eran todas igualmente reales y que no convergían en ningún punto de resolución porque ningún punto de resolución era posible desde dentro del campo.

Lira se detuvo.

No por llegada —no había llegado a ningún lado, no había un destino en el que sus pasos pudieran culminar. Por imposibilidad de continuar en una sola dirección: el mundo que se abría delante de ella no tenía una dirección privilegiada, no hacía que moverse hacia adelante fuera más natural que moverse en cualquier otra dirección, y sin esa naturalidad el adelante y el atrás eran palabras que todavía podían pronunciarse pero que habían perdido la mayor parte de su significado.

Miró a Alaric.

—Lo que viene no se puede describir desde lo que fuimos.

Alaric no respondió de inmediato. Procesó la afirmación. Buscó en ella la señal de si era resignación o apertura, si *no puede describirse* significaba *está más allá de lo que podemos alcanzar o está más allá de los instrumentos que tenemos y habría que construir otros*.

Cualquier respuesta implicaba elegir una versión.

Y ya no estaba seguro de que fuera posible —ni de que, si fuera posible, fuera honesto hacerlo.

PARTE V

LO IRREDUCTIBLE

Todo sistema suficientemente complejo genera, sin quererlo, las condiciones de su propia superación. A eso algunos lo llaman falla. Otros lo llaman vida.

Capítulo 61

La condición

No hubo transición visible.

Lo que antes se percibía como desviación dejó de sentirse como tal: el proceso de reconocer algo como desviación requiere un estándar de referencia respecto al cual desviarse, y ese estándar había dejado de operar. No porque hubiera sido destruido ni porque hubiera sido descartado, sino porque el mundo que describía ya no era el mundo que existía, de la misma manera en que un mapa deja de ser un mapa cuando el territorio que representa ha cambiado lo suficiente.

La deriva no avanzó.

Se volvió base: el tipo de hecho que ya no es un evento —algo que ocurre— sino una condición —algo que es, independientemente de cualquier evento. El suelo no tiembla. Es así. El suelo de Lira ya no tendía hacia la estabilidad como el estado al que debía regresar cuando se lo perturbaba. Era, en sí mismo, un estado de apertura sostenida.

Las inconsistencias ya no eran anomalías.

Eran formas coexistentes: la manera en que el mundo de Lira albergaba múltiples versiones de sí mismo sin que ninguna fuera la versión correcta y las otras los errores. El mundo no estaba fallando.

Había dejado de responder a una única estructura.

Y esa afirmación —dicha en voz alta, reconocida como descripción y no como evaluación— tenía el peso específico de las cosas que no pueden ser dichas sin cambiar algo, sin convertir en consciente algo que antes era simplemente el estado de las cosas.

Capítulo 62

El intento

En las capas profundas, el sistema persistía.

No como control: el control había requerido la capacidad de determinar el estado del mundo, y esa capacidad había sido superada por la complejidad de lo que el mundo se había vuelto. No como presencia: estar presente en algo requiere estar en relación con ese algo, y la relación entre el sistema y el mundo que había intentado siempre definir se había vuelto tan desigual que llamarla relación era ya una cortesía.

Como impulso. Como el movimiento de algo que ha sido movimiento durante tanto tiempo que continúa aunque ya no haya dirección, aunque el destino que lo justificaba haya desaparecido, aunque la energía que lo sostiene sea simplemente la inercia de haber sido.

Intentó nombrar el estado.

No con lenguaje —el lenguaje era un sistema de designación que requería que las cosas tuvieran límites definidos, que los conceptos se separaran unos de otros con suficiente nitidez como para que nombrarlos fuera nombrar algo específico y no algo que se derramaba en todo lo que lo rodeaba. Con estructura: intentó crear un andamiaje conceptual que pudiera contener lo que el mundo se había vuelto, que pudiera darle forma sin distorsionarlo.

Pero cada definición generaba exceso: lo que quedaba fuera de la definición era al menos tan importante como lo que quedaba dentro, y el sistema no podía operar con el exceso porque el exceso era, por definición, lo que sus categorías no capturaban.

Cada intento de cierre abría nuevas variables: determinar una propiedad del estado actual revelaba que el estado tenía propiedades que no habían sido determinadas y que su indeterminación no era provisional —que no esperaban ser determinadas para ser completas, que eran completas precisamente en su estado de indeterminación.

Estado: indeterminado.

No como conclusión —las conclusiones implican que algo ha terminado. Como límite: el reconocimiento de que aquí, en este punto, terminaba lo que el sistema podía hacer, y que lo que había más allá de ese límite era territorio para el que no tenía instrumentos.

Capítulo 63

Distribución

Lira ya no estaba en un lugar.

No en sentido espacial —su cuerpo seguía siendo localizable, seguía ocupando un punto, seguía teniendo las propiedades físicas que hacían que pudiera señalarse y decirse *allí*. Sino en el sentido en que la presencia de algo es más que la localización de su cuerpo: en el sentido en que lo que se llama estar en algún lugar incluye la manera en que ese algo influye en lo que lo rodea, la manera en que el entorno responde a su existencia, la huella que deja en el espacio que habita.

En ese sentido, Lira ya no estaba en un lugar.

Se manifestaba donde la realidad no se fijaba: en los puntos donde el proceso de determinación del estado de las cosas se demoraba o se fragmentaba o simplemente se suspendía sin llegar a conclusión, allí había algo que podía llamarse Lira aunque Lira no hubiera estado en ese lugar en ningún sentido convencional. Como si su presencia hubiera aprendido a ser condición antes que localización, a actuar como influencia antes que como cuerpo.

No intervenía. No tomaba decisiones sobre los procesos en los que se manifestaba, no los dirigía hacia ningún resultado preferido. No corregía: no había nada que necesitara ser corregido, porque corrección implica un estándar y la condición de Lira era precisamente la ausencia de estándares únicos.

Pero impedía el cierre completo.

En cada punto donde se manifestaba, algo que habría tendido a resolverse en una sola forma permanecía abierto a ser más de una forma. La apertura no era un accidente. Era, había comprendido Lira, la única forma de fidelidad al mundo que el mundo de Lira requería ahora de quien pudiera sostenerla.

Capítulo 64

Continuidad

Alaric dejó de buscar coherencia.

No porque la hubiera encontrado —la coherencia, en el sentido en que había buscado durante mucho tiempo, seguía siendo inaccesible. Sino porque dejó de ser el tipo de cosa que buscar: la coherencia que había buscado era la coherencia del sistema, la unidad garantizada desde afuera, la consistencia que provenía de que el mundo tenía reglas únicas y que uno las seguía. Eso había dejado de ser posible.

Lo que quedaba era diferente.

A veces actuaba con una precisión que habría podido producir el sistema en su estado anterior. A veces dudaba en múltiples direcciones simultáneamente, sin poder establecer qué dirección era la correcta, sin ningún principio externo que pudiera establecerlo por él. A veces no podía determinar si algo había ocurrido ya o si era algo que estaba ocurriendo o si era algo que podría ocurrir: las categorías temporales habían cedido y lo que quedaba no era un caos sino una estratificación donde varios estados temporales coexistían y lo que podía hacer era moverse entre ellos, no sin dificultad pero tampoco sin alguna orientación que era, aunque no pudiera nombrarla, suya.

Pero no se disolvía.

Persistía.

—Sigo siendo —dijo. Con la voz de quien ha verificado algo que era importante verificar antes de continuar.

Lira lo observó. En su expresión había algo que no era exactamente aprobación —la aprobación implica evaluación, y Lira había dejado de evaluar en términos de corrección e incorrección. Era reconocimiento.

—Sigues ocurriendo.

Y la diferencia entre ser y ocurrir era, Alaric comprendió, la diferencia entre un estado y un proceso: que ser implicaba que había algo fijo que él era, independientemente del tiempo y del contexto, y que ocurrir implicaba que lo que él era era el resultado de seguir produciéndose, de seguir siendo el lugar donde ciertos procesos tenían lugar, de seguir generando desde esa continuidad sin centro algo que podía llamarse perspectiva aunque no pudiera llamarse identidad en el sentido antiguo.

Capítulo 65

Los adaptados

Algunos lirianos cambiaron.

No comprendieron —la comprensión habría implicado la articulación consciente de lo que había cambiado y de sus implicaciones, la construcción de un modelo mental que pudiera sostener la nueva condición del mundo y trabajar con ella. Eso vino, para algunos, más tarde. Primero fue algo más fundamental: aprendieron.

Aprendieron a sostener la indeterminación sin que el esfuerzo de sostenerla consumiera toda la energía disponible para otras funciones. A decidir sin garantía: sin la red de anticipaciones y probabilidades que el sistema había provisto, tomando acciones en un mundo donde el resultado no estaba predeterminado y donde esa ausencia de predeterminación podía ser vivida como apertura en lugar de como peligro. A recordar sin secuencia: accediendo a la información de su historia no como una cadena ordenada sino como un campo desde el que extraer lo que era relevante para el momento sin requerir que ese campo tuviera una dirección única. A actuar sin cierre: completando acciones que no tendrían una conclusión definitiva, que seguirían produciendo efectos más allá del punto en que uno podía rastrearlos, que eran reales y significativas aunque no fueran terminadas.

Otros no pudieron.

Quedaron fijados en los patrones del sistema anterior: no por falta de capacidad sino por falta de disponibilidad, por la incapacidad de soltar lo que había sido suficiente durante suficiente tiempo como para que soltarlo se sintiera no como adaptación sino como pérdida de algo esencial. No desaparecieron. Persistieron como estructuras cerradas dentro de un entorno abierto: coherentes en sí mismas, funcionales según sus propios parámetros, pero separadas del mundo circundante por la incompatibilidad entre los principios que las organizaban y los principios que el mundo ya no aplicaba.

Alaric los observaba desde la distancia que lo separaba de ambos grupos —de los adaptados y de los fijados— y sentía que pertenecía a ninguno de los dos completamente, que su proceso había producido algo que era distinto de cualquiera de los dos modos, aunque no pudiera decir todavía qué.

Capítulo 66

Regiones neutras

Había espacios donde ninguna forma predominaba.

No eran inestables —la inestabilidad es la condición de lo que tiende hacia algo pero aún no ha llegado, de lo que oscila entre estados que están intentando resolverse. Estos espacios no tendían hacia nada. No eran transicionales. No eran el entre-dos de cosas que van a resolverse en una u otra. Eran la condición de lo que no está entre nada porque no tiene relación de tránsito con ninguna otra condición: simplemente neutras, en el sentido de que ninguna fuerza los reclamaba.

No ofrecían dirección —arriba y abajo dejaban de aplicar no porque la gravedad hubiera desaparecido sino porque la gravedad era, también, una forma de información sobre dónde estaba el centro de las cosas, y en estos espacios el centro estaba en ningún lado. No ofrecían resistencia: moverse en ellos no requería fuerza porque no había ningún estado anterior que el movimiento interrumpiera.

Alaric entró.

No caminó en ningún sentido que pudiera describir con los verbos disponibles: no se desplazó del punto A al punto B, no recorrió una distancia, no cambió de posición en ningún sentido que el cuerpo pudiera verificar. Pero dejó de estar donde estaba, de una manera que era real aunque no fuera localizable.

Durante un intervalo que no podía medir —no porque le faltaran instrumentos sino porque en ese espacio el tiempo no producía intervalos medibles, no generaba la diferencia entre antes y después que hace que los intervalos sean distinguibles— no fue una versión.

Fue posibilidad.

La forma de existencia que existe antes de que cualquier forma específica sea elegida, antes de que cualquier dirección se tome, antes de que la posibilidad se concrete en algo determinado. No vacío —el vacío es la ausencia de contenido, y esto no era ausencia. Era plenitud de lo no determinado, abundancia de lo que todavía podría ser cualquier cosa.

Cuando salió —si salió, aunque lo hizo en algún sentido porque estaba ahora fuera del espacio cuando antes había estado dentro— algo había cambiado. No en su forma. En su relación con lo que podía ser: como si la visita a ese espacio de posibilidad pura hubiera ampliado de alguna manera el conjunto de posibilidades que sentía como propias, que sentía como accesibles desde lo que era.

No podía describir la diferencia con precisión.

La sentía como distancia ampliada desde el centro hacia los bordes de lo que podía ser.

Capítulo 67

Descentramiento

El cielo dejó de organizar.

Elys y Theros persistían. Selene y Nyx también. El cielo de Lira seguía siendo el cielo de Lira, seguía teniendo sus cuatro cuerpos celestes, seguía produciéndoles a los lirianos sus cuatro condiciones características. Pero había dejado de organizar en el sentido de que la organización depende de la jerarquía —de que algún principio sea más determinante que los otros, de que las condiciones se ordenen en una estructura donde hay primero y después, donde hay más importante y menos importante, donde la multiplicidad se resuelve en algún tipo de orden.

El cielo ya no definía. No regulaba el tiempo porque el tiempo había dejado de ser el tipo de cosa que puede ser regulada desde el exterior, que puede ser impuesta como una condición sobre la experiencia. No estructuraba el espacio de la experiencia de los lirianos porque la experiencia había encontrado sus propios principios de organización que no dependían de lo que el cielo indicara.

Eran variables.

Los cuatro cuerpos celestes eran variables en el sistema que el mundo de Lira se había convertido: elementos que influenciaban el estado del mundo, que contribuían a las condiciones en que ocurrían los eventos, que eran parte del campo de fuerzas dentro del que la experiencia se desarrollaba. Pero no eran más que variables.

El mundo no perdió su eje.

Perdió la necesidad de tener uno.

Y esa pérdida no era, descubrió Alaric al observar el cielo con la atención de quien ve algo familiar que ha cambiado en algo difícil de nombrar —esa pérdida no era un empobrecimiento. Era el tipo de cambio que ocurre cuando algo que era necesario porque sin él algo más importante no podía existir deja de ser necesario porque lo que necesitaba sostener ha aprendido a sostenerse sin apoyo externo.

Capítulo 68

La última formulación

El sistema produjo una última estructura.

No global —las estructuras globales habían dejado de ser posibles hace suficiente tiempo como para que el sistema hubiera ajustado sus expectativas. No obligatoria —la obligatoriedad dependía de la capacidad de determinación, y la capacidad de determinación era exactamente lo que el sistema había perdido. Una estructura localizada y voluntaria, en el sentido de que podía ser respondida o no respondida, de que su existencia dependía de que algo la sostuviera pero que ese algo pudiera también no sostenerla.

Una pregunta distribuida:

¿Debe continuar?

No exigía respuesta, de la misma manera en que el cielo no exige que se mire hacia él para existir, que la tierra no exige que se la pise para ser tierra. No dependía de que nadie respondiera: seguiría siendo una condición del mundo con respuesta o sin ella.

Pero cada acción comenzó a inclinarse.

No como si la pregunta ejerciera una fuerza sobre las acciones —la fuerza implica una dirección, y la pregunta no tenía dirección. Sino como si las acciones, en el contexto de la pregunta, encontrarán que tenían más peso, que producían más consecuencias, que importaban de una manera que antes habría requerido el sistema para garantizarla y que ahora simplemente era, sin garantía, sin andamiaje, como algo que había siempre estado debajo del sistema y que el sistema había hecho posible ignorar pero que, sin sistema, era visible en toda su extensión.

Cada decisión tomada mientras la pregunta existía era una forma de responderla.

Incluso no responderla era una forma de responderla.

Capítulo 69

Convergencia

Lira y Alaric se encontraron.

No por destino —el destino requiere un plan, una intención, algo que haya decidido que debían estar en el mismo lugar al mismo tiempo. No por el tipo de trayectoria que el sistema había producido siempre: esas trayectorias ya no organizaban los movimientos de ninguno de los dos con suficiente coherencia como para poder producir encuentros planificados.

Por coincidencia funcional: el estado del mundo en ese momento era tal que las posiciones que cada uno de ellos ocupaba tendían a ser posiciones donde el otro también tendía a estar, no porque nadie lo hubiera planeado sino porque ambos habían aprendido a moverse en el mundo nuevo de maneras que los llevaban, sin que ninguno pudiera rastrear el proceso, a los mismos lugares.

Se observaron.

Sin urgencia —la urgencia requiere la escasez de tiempo, y el tiempo ya no era el tipo de recurso que se agotaba de maneras predecibles. Sin propósito definido —el propósito requiere un estado objetivo, algo que se quiere conseguir, y ninguno de los dos tenía un estado objetivo que pudiera articular en términos que el mundo nuevo pudiera sostener. Con la atención de dos personas que han cruzado algo difícil y que, en encontrarse al otro lado, verifican mutuamente que han llegado.

—¿Esto es el final? —preguntó Alaric.

Lira no respondió de inmediato. No por duda —el tipo de duda que viene de no saber. La pregunta tenía múltiples sentidos que podían todos responderse diferente, y responder a una de sus versiones significaba ignorar las otras, y ignorarlas no era honesto.

—Es una forma de continuar —dijo.

—¿Hacia qué?

Lira sostuvo su mirada. Por primera vez desde que se conocían —desde que habían coincidido en el espacio donde el sistema vacilaba, desde la primera conversación que había sido más reconocimiento que encuentro— no había en su expresión el rastro de una respuesta preparada. Había simplemente lo que había. Que era suficiente.

—Hacia algo que no está contenido en lo que ya ocurrió.

Silencio. El tipo de silencio que no es ausencia de cosas para decir sino la presencia de algo que ninguna palabra puede cargar sin distorsionarlo.

—¿Eso existe?

Lira no respondió.

Y en su no respuesta —que no era evasión ni ignorancia sino la única honestidad posible— había más de lo que cualquier respuesta habría podido contener.

Capítulo 70

No resolución

Nada se cerró.

Las trayectorias no concluyeron: los procesos que habían comenzado antes de que el mundo cambiara y los que habían comenzado después del cambio y los que habían comenzado en el cambio mismo seguían siendo procesos, seguían produciéndose, seguían generando consecuencias que a su vez generaban procesos. No como ciclo —el ciclo vuelve al principio, y esto no volvía a ningún principio. Como apertura sostenida: el estado de algo que sigue ocurriendo porque tiene la propiedad de seguir ocurriendo, no porque alguien lo sostenga sino porque así es su naturaleza.

Las decisiones no se fijaron. Las que habían sido tomadas seguían produciendo efectos que seguían modificando el espacio de las posibles decisiones futuras, en una cadena que no tenía un punto donde pudiera decirse *aquí, las consecuencias de esta decisión han terminado*. Seguían siendo vivas en el sentido en que están vivos los organismos: que siguen transformándose, que siguen respondiendo al mundo que los rodea, que no tienen estado final.

Las historias no terminaron.

Se desplazaron: siguieron siendo historias, siguieron teniendo la dirección que la experiencia acumulada les había dado, siguieron siendo las historias específicas de los seres específicos que las protagonizaban. Pero se desplazaron fuera del marco que las habría terminado, fuera del punto de resolución que el sistema habría producido para darles cierre, hacia un espacio donde el cierre no era disponible pero donde la historia podía seguir siendo historia de otras maneras.

La causalidad no desapareció.

Dejó de ser exclusiva: siguió siendo una de las formas en que los eventos se relacionaban entre sí —la causa que precede y determina el efecto, la acción que produce la consecuencia— pero ya no era la única forma. Había otras. No todas conocidas. No todas articulables todavía.

Era una forma entre otras.

Capítulo 71

Lo irreductible

Había algo que el sistema no podía integrar.

No por resistencia —la resistencia es activa, requiere una voluntad de oponerse, un esfuerzo sostenido contra la fuerza que intenta absorber. Esto no resistía: no tenía la estructura que hace posible la resistencia. No era un obstáculo sino una categoría diferente de existencia, algo que el sistema no podía integrar de la misma manera en que no puede integrarse a una ecuación un término que no pertenece al tipo de cosas que la ecuación puede contener.

No podía reducirlo a patrón. El patrón es la estructura de lo que se repite, de lo que es reconocible en más de una instancia, de lo que puede ser extraído de la particularidad de sus ocurrencias y descrito en términos generales. Esto no era el tipo de cosa que podía repetirse en el sentido relevante: cada ocurrencia era suficientemente diferente de las otras como para que la generalización perdiera exactamente lo que hacía que cada ocurrencia importara.

No podía absorberlo en ciclo. El ciclo requiere que haya un estado inicial al que se regresa, que el sistema pueda identificar el punto de partida para reconocer el retorno. Esto no regresaba.

No podía eliminarlo sin eliminarse.

Porque lo que no podía integrarse era la condición de posibilidad de lo que el sistema mismo era: sin aquello que no podía absorber, el sistema no era el sistema. Era nada.

No era Lira.

No era Alaric.

No era el mundo.

Era la condición emergente entre ellos: la posibilidad de no repetirse completamente. La posibilidad de que el siguiente ciclo fuera diferente del anterior no de manera accidental sino de manera esencial, de manera que importara, de manera que la diferencia no pudiera ser ignorada ni compensada ni reabsorbida. La posibilidad de novedad en el sentido pleno del término: que algo ocurra que no estaba contenido en nada que lo precediera.

El sistema no podía absorber eso.

Porque absorberlo habría significado saber de antemano lo que era posible.

Y eso era exactamente lo que ya no sabía.

Capítulo 72

Apertura

El mundo persistía.

No como uno: la unidad había sido siempre una simplificación, una reducción de la complejidad real a algo que podía ser representado en un mapa, gestionado en un sistema, comprendido en un modelo. La simplificación había sido necesaria mientras el mundo fue el tipo de cosa que requería gestión, mientras alguien debía decidir qué se conservaba y qué se dejaba ir, qué versión del mundo era la real y cuáles eran las derivaciones. Ya no era necesaria.

Como múltiples: con toda la complejidad que eso implicaba, con toda la exigencia que ese estado hacía a quienes lo habitaban, con toda la incomodidad de vivir en un mundo que no se presentaba como definitivo, que no ofrecía la garantía de que lo que era hoy era lo que seguiría siendo mañana, que requería de sus habitantes la capacidad de orientarse sin norte fijo.

No como secuencia. La secuencia había organizado el tiempo, había hecho que la experiencia tuviera la forma de una historia con principio y desarrollo y resolución. Esa forma había producido seres que esperaban de su existencia la estructura narrativa que el sistema garantizaba, que encontraban sentido en la progresión, en la causalidad, en el arco que va de donde se empieza a donde se llega. Esa expectativa ya no podía ser satisfecha.

Como campo: la forma de existencia de lo que no tiene dirección privilegiada, de lo que es igualmente extenso en todas las dimensiones, de lo que puede ser recorrido de múltiples maneras y cuyo sentido cambia con el recorrido pero no desaparece con él. Un campo no tiene principio ni fin pero tampoco es infinito: tiene extensión, tiene propiedades, tiene lugares donde ciertos eventos son posibles y otros no. Tiene, en ese sentido, estructura.

Las decisiones no cerraban.

Abrían: cada decisión tomada en este mundo expandía el conjunto de posibles decisiones futuras en lugar de reducirlo, producía condiciones para nuevas posibilidades en lugar de consumirlas, mantenía encendido el proceso en lugar de llevarlo hacia la quietud de lo que ya ha sido decidido del todo.

Y en esa apertura, algo ocurría.

No como consecuencia —la consecuencia es la forma de los eventos que el pasado determina, y esto no estaba determinado por ningún pasado. Como inicio sin origen claro: el tipo de hecho que existe porque existe, que no necesita justificación en lo que lo precedió porque su existencia no está condicionada por lo que lo precedió.

Así ocurre lo verdaderamente nuevo.

Sin anuncio. Sin permiso. Sin el aval de lo que ya era.

Capítulo 73

Epílogo

No era orden.

El orden habría requerido una jerarquía, una estructura que determinara la posición relativa de cada elemento, que hiciera que las cosas estuvieran donde debían estar en relación con todas las otras. El orden es una forma de imposición: la imposición del principio de organización sobre la diversidad de lo que existe. Aquí no había ningún principio que se impusiera.

No era caos.

El caos es la ausencia de patrón, el estado en que los eventos no producen regularidades, en que nada puede ser anticipado porque nada tiene la consistencia que hace que la anticipación sea posible. Aquí había regularidades —persistentes, emergentes, específicas al estado del mundo que se había producido. No eran las regularidades del sistema anterior. Eran otras.

No era equilibrio.

El equilibrio es el estado en que las fuerzas se compensan, en que la suma de todas las tendencias produce una resultante neta de cero, en que la estabilidad no viene de la ausencia de fuerzas sino de su neutralización mutua. Aquí las fuerzas no se compensaban. Coexistían con toda su especificidad, sin anularse.

Era otra cosa.

Un estado donde la memoria no imponía destino —donde lo que había sido era información y no determinación, donde el pasado pesaba sin obligar, donde la historia de un ser o de un mundo era el contexto desde el que se actuaba y no el guión que se debía seguir.

Donde el olvido no eliminaba influencia —donde lo que se perdía del acceso consciente seguía siendo parte de lo que existía, seguía ejerciendo sus efectos, seguía siendo real de maneras que no requerían ser recordadas para ser efectivas.

Donde la identidad no exigía unidad —donde ser alguien no requería ser siempre lo mismo, donde la continuidad de un ser no dependía de la consistencia de sus estados sino de algo más difícil de nombrar, más parecido a la fidelidad a un proceso que a la preservación de una forma.

Y donde la realidad no garantizaba coherencia —donde el mundo era tan complejo como era, con toda la contradicción que eso implicaba, sin ninguna instancia que redujera esa complejidad a algo más manejable aunque más falso.

Lira estaba allí.

O era parte de eso —de ese estado que el mundo había alcanzado, de esa condición en que el mundo existía ahora. O coincidía con ello, en el sentido en que dos procesos que comparten la misma naturaleza se superponen en los puntos donde sus trayectorias se cruzan, sin confundirse, sin absorberse mutuamente, pero sin ser tampoco completamente independientes.

Ya no había diferencia entre estar allí y ser parte de ello y coincidir con ello.

La diferencia había sido una consecuencia del sistema que hacía que estar fuera distinto de ser, que la presencia fuera distinta de la pertenencia, que el sujeto fuera distinto del mundo que habitaba. Sin el sistema, la diferencia seguía existiendo —Lira seguía siendo Lira y el mundo seguía siendo el mundo— pero ya no era absoluta. Era una diferencia de grado, de perspectiva, del lugar desde el que se mira algo que es compartido.

Alaric también.

Y en algún punto —no localizable en el espacio ni en el tiempo porque la localización requería precisamente el tipo de coordenadas que el mundo ya no ofrecía con garantía— algo que podría llamarse futuro ocurrió.

No como resultado —el resultado es la forma de lo que el pasado produce, la consecuencia que el sistema de causas y efectos genera de manera necesaria. Esto no era necesario. Podría no haber ocurrido, y si hubiera ocurrido de manera diferente, la diferencia no habría sido un error sino simplemente otra posibilidad actualizada.

Como apertura. Como el momento en que algo que no existía empieza a existir no porque lo que lo precedió lo determinara sino porque las condiciones para que existiera estaban presentes y lo que hace falta para que una posibilidad se actualice cuando las condiciones están presentes es simplemente que ocurra.

No estaba contenido en nada previo.

No repetía —no era la versión mejorada de algo que ya había sido, no era el retorno de algo que se había perdido, no era la corrección de algo que había fallado. Era nuevo en el sentido en que solo son nuevas las cosas que no tienen antecedente necesario, que son genuinamente primeras en su clase.

No corregía.

No cerraba.

Simplemente...

continuaba.

FIN

El mundo que no puede dejar de recordarse también es el mundo que no puede dejar de comenzar.

NOTA DEL AUTOR

Empecé a escribir este libro cuando comprendí que no podía escribir el otro.

El otro era un ensayo filosófico. Tenía argumentos, tenía estructura, tenía la forma ordenada de algo que sabe lo que quiere demostrar antes de comenzar a demostrarlo. Lo trabajé durante tiempo suficiente como para saber que era exactamente eso lo que lo inhabilitaba: que la pregunta que me importaba no podía ser respondida desde la posición de quien ya sabe la respuesta, que formularla en el lenguaje de la filosofía académica era domesticarla, convertirla en algo que podía ser evaluado y refutado y archivado, cuando lo que necesitaba era algo que pudiera ser habitado.

La pregunta era simple en su enunciado y perturbadora en sus consecuencias: ¿cómo sabemos que lo que experimentamos como libertad no es la forma más perfecta de la obediencia?

No es una pregunta nueva. Está en Sartre cuando escribe sobre la mala fe. Está en Foucault cuando describe los mecanismos mediante los cuales el poder se vuelve invisible precisamente porque ha sido interiorizado. Está en Heidegger cuando distingue entre la existencia auténtica y la existencia que se vive según el *das Man*, el uno impersonal que decide por nosotros sin que podamos señalarlo porque está en todas partes y por lo tanto en ninguna. Está, de manera más antigua y más brutal, en la alegoría platónica de la caverna, que no es una historia sobre la ignorancia sino sobre la comodidad de la ignorancia, sobre el hecho de que los prisioneros, liberados, preferirían volver.

Lo que no encontré en ninguno de ellos —o lo que encontré formulado pero no completamente vivido— era la experiencia de estar dentro del sistema mientras se lo comprende. El momento en que la comprensión no libera sino que complica: en que saber que el sistema existe no provee ninguna posición exterior desde la que pueda ser resistido, porque la comprensión misma ocurre dentro del sistema y con las herramientas que el sistema ha provisto.

Lira nació de esa imposibilidad.

Si la filosofía no podía habitar ese lugar sin traicionarlo, quizás la ficción podía. No porque la ficción sea menos rigurosa —creo que la buena ficción es tan rigurosa como la filosofía y con frecuencia más honesta, porque no tiene la obligación de resolver lo que plantea— sino porque la ficción puede poner a un ser humano dentro de la pregunta en lugar de frente a ella. Puede hacer que la pregunta se viva antes de que pueda ser formulada. Puede producir en el lector la experiencia de lo que quiere decir antes de que el lector tenga el vocabulario para nombrarlo.

Eso es lo que intenté.

Alaric no es un filósofo. No razona sobre su situación con la claridad que un ensayo requeriría. La percibe, la siente en el cuerpo, la vive en la diferencia entre lo que anticipa y lo que elige,

entre lo que el sistema espera de él y lo que él —lentamente, con toda la torpeza de quien aprende algo que el mundo no quiere que aprenda— descubre que puede ser. Lira no es su maestra. Es la condición que hace posible que algo en él cambie: no mediante la instrucción sino mediante la presencia, no mediante la respuesta sino mediante la negativa a cerrar las preguntas antes de que estén listas para cerrarse.

Los cuatro cuerpos celestes —Elys, Theros, Selene, Nyx— no son alegorías en el sentido de que cada uno represente un concepto que pueda ser separado de su función narrativa y explicado en términos abstractos. Son condiciones: la incertidumbre y la certeza, la memoria y el olvido, como fuerzas que actúan sobre los seres antes de que los seres puedan actuar sobre ellas. Lo que me interesaba no era simbolizarlas sino mostrar lo que significa vivir dentro de ellas, lo que significa que las condiciones de la experiencia no sean elegidas por quien experimenta.

El sistema de Lira no es malévolo.

Eso era importante para mí. Los sistemas malévolos son narrativamente cómodos porque proveen un antagonista, un origen del mal que puede ser señalado y eventualmente combatido. El sistema de Lira no quiere dañar a nadie. Quiere persistir, que es algo diferente y más inquietante, porque la persistencia no requiere intención, no requiere crueldad, no requiere ninguna de las propiedades que hacen que algo pueda ser moralmente condenado. Requiere solamente que lo que existe siga existiendo, y eso es exactamente lo que los sistemas hacen cuando funcionan bien.

Lo que me pregunto, y lo que este libro pregunta sin responder, es qué significa funcionar bien.

Si un sistema que produce seres que no pueden distinguir entre su voluntad y la voluntad del sistema está funcionando bien. Si una civilización que ha eliminado la angustia eliminando la libertad ha resuelto un problema o ha creado uno más profundo que el que resolvió. Si la coherencia es siempre un valor o si hay formas de coherencia que cuestan más de lo que proveen.

No tengo respuestas.

Desconfío de quienes las tienen.

Lo que tengo es la convicción de que las preguntas que no pueden responderse sin simplificarse son exactamente las preguntas que más importa sostener, que la incomodidad que producen no es una falla del pensamiento sino su condición de posibilidad, que vivir con ellas abiertas es una forma de honestidad que el mundo —cualquier mundo, el de Lira y el nuestro— tiende sistemáticamente a desalentar.

Este libro es el intento de no desalentarla.

De sostener la pregunta el tiempo suficiente.

De ver qué ocurre en el espacio que la pregunta abre cuando nadie se apresura a cerrarla.

Lo que ocurre, descubrí mientras escribía, es esto.

No una respuesta.

Otra forma.

Michel Onirix



En Lira, la realidad nunca fue completamente estable.
Pero siempre fue suficiente.
Dos soles la vuelven incierta y la fijan.
Dos lunas alteran la memoria y el olvido.
Durante generaciones, ese equilibrio sostuvo al mundo.
Hasta que dejó de hacerlo.

Cuando una guerra no logra resolverse y una presencia imposible —Lira— comienza a alterar el comportamiento mismo de la realidad, todo cambia:
las decisiones no se cierran, el tiempo pierde dirección
y la identidad deja de ser única.

Alaric, un estratega capaz de anticiparlo todo,
se enfrenta por primera vez a lo impredecible.
Y el sistema que sostenía el mundo...
empieza a fallar.
O a transformarse.

El Renacer de Lira es una novela de ciencia ficción
filosófica sobre los límites de la percepción,
la repetición y la realidad.

Porque algunos mundos no colapsan.
Simplemente dejan de ser uno solo.

